

Año XXXI.

Madrid, Jueves 5 de Enero de 1911.

Núm. 1



EJERCICIOS PRACTICOS DE ENSEÑANZA CLERICAL

Ayuntamiento de Madrid

LA CONJUNCIÓN

Reunióse en el domicilio del Sr. Pérez Galdós el Comité republicano-socialista, para tratar de la separación de los radicales.

Asistieron á la reunión, además del señor Pérez Galdós, los Sres. Alvarez (don Melquíades), Azcárate, Pablo Iglesias, Pi y Suñer, Carande, Beneyán, La Torre y Mora.

Terminó la reunión á las ocho de la noche, facilitándose á los periodistas la siguiente Nota oficial:

1.º Afirmo—la Conjunción republicano-socialista—una vez más con todo vigor su existencia, y declara, desde luego, que perseverará con el mayor entusiasmo y la mayor firmeza en la obra patriótica á que viene consagrada por imposición legítima de la opinión republicana y socialista.

2.º Entiende que la moralidad y el bien del país constituyen la norma de conducta indeclinable y obligada de los elementos políticos que la integran, y en tal concepto manifiesta, unánimemente, que nada dignifica tanto á los partidos republicano y socialista como la observancia escrupulosa de las leyes de la ética y el acatamiento á los mandatos del interés público.

3.º No puede menos de enaltecer la conducta de los Sres. D. Pablo Iglesias y D. Gumersindo de Azcárate, que, al expresar el uno la opinión de su partido, y el otro la suya personal y la de algunos compañeros, obedecieron á la voz de su conciencia y expresaron sinceramente el juicio que les merecían, como resultado del debate, los asuntos municipales de Barcelona.

4.º Que siendo de interés político mantener la cohesión y disciplina de las fuerzas que integran la Conjunción republicano-socialista, como asimismo la autoridad de todos sus organismos, este Comité considera deber ineludible llegar al conocimiento de los asuntos de Barcelona, recientemente debatidos en el Congreso, á cuyo efecto invita á la representación del partido radical á que concurra á nuestras deliberaciones y aporte cuantos datos sean precisos para esclarecer los hechos y formular, en definitiva, el juicio que proceda.

Sobre el primer acuerdo, me remito á lo que digo en el artículo *Tis co animoso*.

Con el segundo estoy conforme; sólo echo de menos al final este párrafo:

«Y, consecuente con esta teoría, ruega al Sr. Azcárate que dimita el cargo de Presidente del Instituto de Reformas Sociales, porque ningún republicano, dentro de la observancia escrupulosa de las leyes de la ética, debe desempeñar cargo alguno por nombramiento real.»

El tercero sólo demuestra que los reunidos enaltecen la conducta de los señores Azcárate y Pablo Iglesias, quienes no debieron asistir á la reunión.

Y el cuarto...

El cuarto es la condenación más rotunda y más dura de la conducta de esos dos señores.

Si los hechos no estaban esclarecidos, ¿por qué emitieron su opinión en el Congreso? Y si de los datos que se

aportaran resultase que habían obrado con pasión, ligereza ó por estímulos censurables, ¿en qué situación quedarían el Sr. Azcárate y el Sr. Iglesias?

Tratar de esclarecer los hechos ¿no es reconocer que no lo estaban cuando aquellos señores los juzgaron? Y esto ¿no es condenar lo que hicieron? Pero entonces ¿por qué en el acuerdo tercero se enaltece su conducta?

Y si el juicio definitivo fuese favorable á Lerroux ¿qué iban á hacer esos dos diputados?

Porque no quiero suponer que haya en el Comité el propósito deliberado de no convencerse con los datos que aportasen los radicales, fuesen los que fueran. Sería ofender á los individuos que tomaron los acuerdos.

En resumen:

La reunión del Comité no ha servido:

Ni para aclarar la verdad.

Ni para hacer justicia.

Ni para justificar la conducta de los señores Azcárate é Iglesias.

Pero, en cambio, ha demostrado:

Que la Conjunción está herida de muerte.

Que comienza nuevamente la lucha entre los republicanos, y con más rabia que nunca.

Que el impulso, como siempre, parte de arriba.

Que el Pueblo tiene el deber de imponerse á todos.

Y que, si no lo hace, y pronto, será posible hasta la vuelta de Maura.

Porque yo pregunto:

Si mañana, por cualquiera causa fuese llamado ese hombre al poder, ¿qué resistencia verdadera podríamos oponer los republicanos, perdiendo ahora el tiempo, como los conejos de la fábula, en discutir si los perros que se acercaban eran galgos ó podencos?

Como no les disparásemos diez ó doce discursos sobre ética, y docientas definiciones de la conciencia, no sé cómo podríamos oponernos á su vuelta.

HABLANDO SOLO

Me parece hacer dado con el título para esta sección, donde diré en voz alta lo que se me vaya ocurriendo acerca del partido republicano. De esta manera, haciéndome la ilusión de que nadie me oye, gozaré de más libertad para expresarme.

Como al emitir mi opinión no tendré que pensar ni en *mi* partido, ni en *mi* acta, ni en *mi* presidencia de Junta ó Comité sino en la República, estaré en excelentes condiciones para no dejarme influir por el interés ó el apasionamiento.

Daré la verdad, tal cual yo la entiendo, mala costumbre que siempre tuve y que á nadie recomiendo, por las contrariedades que proporciona, las simpa-

tías que resta y los odios que provoca. ¿Que por qué, sabiéndolo, no la abandono yo? Porque no merece la pena de introducir variaciones en mi vida, res-tándome ya tan poco tiempo (por mucho que sea) de estar en este planeta redimido con la Preciosísima Sangre del Divino Cordero.

Además, cuando al vivir demasiado ve el hombre que todos los afectos y cariños que inspiraba van amortiguándose, se enamora de sus propios defectos, por contar siquiera con algo inmutable.

Pero ¡diablo! ¿Pues no estoy fi-o-seando como un imbécil cualquiera? De seguir por este camino, posible es que hubiese caído en la tentación de exhibir al público mi *conciencia*, ahora que eso está en moda... y ¡horror!

Terminaré aquí, haciendo juramento de no hablar jamás en serio de tan respetable señora, á menos que no lleve el propósito de descalabrar á alguno arrojándola furiosamente á la cabeza.

Dificultades

Eran más de las que yo había imaginado, las que loco al ocuparme ahora nuevamente de la política republicana.

Me fijo en un punto, y mi memoria, aunque ya va muy de capa caída, me advierte al instante: «¡Pero si eso lo dije hace ya muchos años!»

Y es que apenas hay inidentés nuevos en procedimientos, prácticas y costumbres. Lo único que á veces varía, es la forma de presentar las cuestiones: en el fondo, siempre los encontramos con esto: con que prescindimos de lo que debíamos hacer hoy, para preocuparnos en demasía de lo que haremos mañana.

La eterna representación del sainete de Lope de Rueda, *Las aceitunas*. El afán constante de comprar el collar antes que el perro.

No buscamos lo «primero el reino de Dios, para que todas las cosas nos se-n después dadas por añadidura»; buscamos la añadidura antes de buscar el reino de Dios.

Más claro y más vulgar: discutimos y nos peleamos por el guiso en que hemos de poner la liebre, sin haberla cazado.

Todo lo cual hace poco honor al buen sentido que debemos demostrar hoy, para que el país aprecie anticipadamente lo que puede esperar de nosotros mañana.

Hay que variar de rumbo, correligionario. De no hacerlo, nos coceremos poquito á poco en nuestra propia salsa.

Remembranza

Se sublevó el teniente Cebrían en Santo Domingo de la Calzada en 1883, con fuerzas de caballería de Numancia.

El coronel del regimiento, al enterarse, salió con varios jefes y oficiales

ver si podía volver á la obediencia á los sublevados.

Y entonces uno de éstos, llamado Pedro Ramírez, soldado, disparó por la espalda un tiro á Cebrin, matándole.

La indignación del país fué general, tanto por el hecho, como por la manera alevosa de ejecutarlo.

El gobierno premió al asesino con mil pesetas, una cruz pensionada, el indulto inmediato y la licencia absoluta.

¿Por qué, desde que el Sr. Azcárate emitió su opinión en el Congreso acerca de la defensa que hizo Lerroux del Ayuntamiento de Barcelona, recuerdo á menudo aquella infamia, que casi tenía olvidada?

No lo sé, porque maldita la congruencia que guarda un hecho con el otro...

Como no sea por lo de herir por la espalda...

Algo sobre la conciencia

Es este de la conciencia un punto muy difícil de tocar, y creo que no debemos condenar nunca los actos del hombre que obedece sumisamente los mandatos de la suya. Sin embargo, ocurre lo contrario.

¿Por qué? Porque hay conciencias de diferentes categorías, como hay platos de Talavera, de Valdemorillo, de la Cartuja y de Sevrés. Sirven para los mismos usos, pero, ¡qué diferencia entre ellos! No cabe compararlos, aunque en su construcción hayan entrado los mismos componentes: tierra y mineral.

Meditando en esto, he pensado que no debemos censurar al Sr. Azcárate, por haber obedecido fielmente á la de su propiedad.

Cualquiera de nosotros habría dejado tranquila á la suya, diciéndole sencillamente:

«Careciendo de los datos precisos para no exponerme á formular un juicio erróneo, me reservo mi opinión para cuando los tenga; juicio en que no influirán ni los intereses de partido, ni mis simpatías ó antipatías hacia los radicales, ni nada que pueda hacerme desviar un pinto de lo que yo considero principios inmutables de justicia.»

Con esto, repito, cualquiera de nosotros hubiera sosegado á su conciencia, perteneciese á la clase Talavera, Valdemorillo ó Cartuja. Y diré más: todos lo hubiesen apaudido.

Pero si el Sr. Azcárate lo hace, ¿quién sabe?, á estas fechas andaría quizás por ahí con la cara vendada, porque su conciencia superior (Sevrés) lo hubiera arañado despiadadamente.

Hay conciencias de conciencias, «como hay betunes de betunes», que decía *Jerónimo Paturot*.

¡Más!

Los diccionarios suelen definir poco más ó menos de este modo la palabra *conciencia*:

«Ciencia ó conocimiento interior del bien que debemos hacer, y del mal que debemos evitar.»

Propongo modestamente que se le adicionen estas palabras:

«Siempre que el bien redunde en beneficio de los adversarios, y el mal en perjuicio de los amigos.»

En la acepción política, claro es.

¡Más!

En las elecciones de 1893 salió el señor Azcárate diputado en León, por 3 084 votos, y creyó que representaba dignamente el partido republicano de aquel distrito.

En las de 1898 únicamente alcanzó 915, y siguió creyendo lo mismo.

Y yo pregunto:

¿Cómo pudo su conciencia permitirle ostentar aquella representación en la segunda, faltándole las dos terceras partes de los votos que obtuvo en la primera?

¿O es que la convenció de que debía hacerse entonces la distaída, puesto que se trataba de un asunto personal, ofreciéndole en cambio compensarla de aquel pequeño sacrificio, exhibiéndola aparatadamente siempre que se tratase de matar alguna iniciativa provechosa para el partido republicano?

Careciendo de datos para emitir un juicio sereno é imparcial, me abstengo prudentemente y honradamente de darlo.

¡Más!

Quisiera merecer del Sr. Azcárate, que es tan sabio, un favor señaladísimo: que me explicara, porque yo no lo sé, ¡soy tan ignorante!, si hay conciencias agusanadas, como ciertos quesos fermentados.

He oído hablar tantas veces del gusano roedor de la conciencia, que desearía ilustrarme en esa materia.

Ahora, si resultase que todas tienen gusano, casi no merecería la pena de estudiar la cuestión, sino compadecer al infeliz insulto que tuviese que roer en alguna estropeada por la exhibición constante.

Porque valiente sustancia iba á sacar.

¡Más!

Allá en los ya lejanos tiempos que yo me ocupaba de cosas de teatros en *El Globo*, había un actor en el Español, al que se le aplicaba el calificativo *concienzudo*, por la exactitud matemática con que ejecutaba todos sus movimientos en escena, el cuidado que ponía en el menor detalle de indumentaria, y la pulcritud y seriedad con que caracterizaba los personajes. Y lo califi-

caban de *concienzudo*, porque no podían hacerlo de otro modo: era mal actor. Se llamaba Oltra.

Y desde entonces vengo fijándome cuidadosamente en los *concienzudos* de las letras, el arte y la política, llegando á esta conclusión:

Todos tienen conciencia de que son unas medianías muy medianas, y por esto tratan de poner su *conciencia* de pararrayos de su incapacidad.

Honradez negativa

Había un duque en Francia allá por los tiempos de la Regencia, que tenía una mujer honradísima. Ni la nube más leve veló un segundo el cielo de su honor conyugal.

La palabra virtud iba adherida de tal modo al nombre de la duquesa, que su esposo se veía envidiado y felicitado por la rara suerte que había tenido en hallar una mujer tan diferente de las que bullían en aquella corte de inmorales.

Y, sin embargo, el duque no era feliz, ni sus hijos tampoco, ni su servidumbre, ni ninguno de los que estaban al lado de mujer tan excepcional. Pues por aquello de que cumplía fielmente sus deberes conyugales, se creía autorizada para amargar la vida de cuantos le rodeaban, contrariándolos, mortificándolos y haciéndolos víctimas de sus caprichos y extravagancias. Y cuando el marido, con todos los miramientos que su educación le imponía, se aventuraba á hacerle una observación cualquiera, la gran señora le recordaba impertinentemente su honradez.

Cansado el duque de oír invariablemente aquella respuesta, le replicó un día que se excedió la duquesa en elogiarse:

—Eso no prueba nada. Si faltases á tu deber, habría por lo menos una persona que te lo agradecería: tu cómplice. Pero eres tan mala, que no dejas de ser honrada en este punto, por si esto pudiera hacer la felicidad de alguien.

Cada vez que tropiezo con un señor que tiene conciencia perfecta de su respetabilidad, recuerdo ese hecho, á la vez que aquellas palabras de Castelar, refiriéndose á otro político del tipo Azcárate: «Ese hombre hace odiosa la virtud.»

Otra anécdota

Y ya en vena de anécdotas, voy á referir aquí la de aquella otra mujer que se creía honradísima porque jamás concedía á los hombres el último favor. «¡Todo menos eso! ¡Todo menos eso!», exclamaba pudorosa, después de haberse dejado profanar de mil modos.

Lo cual viene á confirmarme en la idea de que hay hombres que en esto del honor, el deber, la dignidad y la conciencia, suelen tener especiales pun-

tos de vista que en ocasiones vienen á ser la negación completa de la cualidad de que alardean.

Y que nos harían un gran bien esos hombres marchándose valientemente y con la cara descubierta á la monarquía, á la que desde nuestro campo vergonzantemente sirven.

Estarían ellos más tranquilos, nosotros menos desasosegados, y la Ética menos expuesta á recibir bofetadas de los que la han convertido casi en una profesión.

Respetable, eso sí.

Y hasta productiva á veces.

Tísico animoso

Leo que el organismo de la Conjunción republicano-socialista seguirá tan fuerte y vigoroso como hasta aquí, á pesar de haberse separado el partido radical.

Yo creía que únicamente á los hoyos les pasaba eso: que eran más grandes cuanto más tierra se les quitaba. Mas, por lo visto, le ocurre lo mismo á las Conjunciones revolucionarias. Nunca lo hubiera sospechado. Pero, en fin, me alegro saberlo. Cada día se aprende una cosa nueva. Y el saber no ocupa lugar.

Esto no obstante, recuerdo que es achaque de todos los tísicos y recurso de todas las empresas agonizantes, el creerse, ó decirlo por lo menos, muy lejanos de la muerte ó de la quiebra.

Y recuerdo también que, cuando yo me separé, (es decir, me arrojaro.) de la Unión que hice, los reunidos afirmaron unánimemente que continuaría más fuerte y vigorosa que nunca. Y, sin embargo, desde aquel día comenzó á dar traspiés y tumbos hasta dar de cabeza en la Solidaridad Catalana, donde sucumbió ignominiosamente.

No le deseo á la Conjunción, aunque siga tirando con su tisis algunos meses, el mismo acabamiento; por más que, después de lo ocurrido en el Congreso, haya motivos suficientes para creer que por igual camino va; pero sí me atrevo á preguntar á quienes en ella influyen y mangonean:

¿Y para qué desean ustedes que continúe? No me lo explico, como no sea en previsión de que, cayendo Canalejas, pudiera haber nuevas elecciones.

Porque para lo otro, para lo de la revolución que iban ustedes á propagar y preparar por provincias el verano último, supongo que no será, por la razón sencillísima de que ya pasó el verano, y con estos fríos no conviene mucho andar de bureo.

UN REZAGADO

En el pecado llevamos la penitencia los hombres que nos rezagamos en la vida. Para mí hubiera sido una suerte haber muerto en 1896 ó 97. Me hubie-

ra llevado al Infierno una porción de ilusiones que halagar en mis ratos de ocio.

Una de ellas, la de que someteríamos al fin con las armas á los cubanos, y después los ataríamos generosamente á España con los lazos de la gratitud, concediéndoles la independencia.

Otra, la de que, si los Estados Unidos se lanzaran á ayudarles, habríamos recargado de laureles nuestra historia antes que se apoderaran de la isla.

Otra, la de que si alguien hubiera soñado siquiera en sacrificar nuestro imperio ultramarino por salvar un trono, España lo habría barrido airada.

Otra, la de que, si algún día se realizaba la Unión republicana, anhelo primordial de mi vida, la monarquía habría dejado de ser.

Otra, la de que esta institución no hubiera podido resistir seis meses el empuje de una minoría de treinta republicanos decididos en el Congreso.

Otra, la de que, si la persona puesta al frente de la Unión dejara de responder á la confianza depositada en ella, el pueblo, enérgico y viril, guiado por los hombres de valer y prestigio, la hubiera depuesto del cargo.

Otra, la de que, en ningún caso, ni aun para traer la República, ningún partidario de ella hubiera establecido tacto de codos con el carlismo ni con el separatismo.

Otra, la de que, muertos los hombres que en el partido republicano mantuvieron y agrandaron las emulaciones y los odios nacidos en 1873, no volvería el pueblo republicano á crearse ídolos.

Otra, la de que, más tarde ó más temprano, los españoles de inteligencia y corazón se colocarían resueltamente, pero de verdad, en actitud enérgica frente al clericalismo, extirpándolo de nuestro suelo.

Todas estas ilusiones, y algunas otras de menor cuantía me hubiera llevado al Infierno, si muero en la fecha citada.

Mientras que ahora, después de haber visto perdidas las Colonias; la Unión republicana deshecha; á republicanos aliados con carlistas; á nuestros diputados, con dos ó tres excepciones, haciendo lo estrictamente necesario para que no se les confunda del todo con los monárquicos; algunos mezclados actualmente con ellos por imperativos categóricos de su conciencia; al pueblo creyendo que la monarquía va á caer al día siguiente de elegir un concejal ó vitorear la República en un mitin, ¿qué ilusiones voy á llevarme al Infierno, para halagarme en las horas que me entregue muellemente al descanso sobre la cama de alfileres de punta?

Realmente va á ser para mí una hora triste la última que pase en este planeta, si conservo la lucidez necesaria, ojalá no! para pensar que dejo á España, ¡la España que tanto amé!, de rodillas ante el Vaticano, con tres zarpas del leopardo inglés clavadas en Gibraltar, Cutagena y Ferrol; aprisionada en lo econó-

mico por los judíos de Francia y Austria; gobernada por hipócritas; comida de frailes; emigrando los que trabajan, mendigando los que se quedan, y amenguada la única esperanza de salvación que siempre tuvo: la de que un partido republicano potente, unido por el desinterés, impulsado por la dignidad y guiado por el patriotismo, la sacase de tanta abyección, de miseria tanta...

Es posible que antes de desaparecer yo, esa esperanza vuelva á renacer potente y deje pronto de ser esperanza para convertirse en realidad, porque el instinto de conservación grite por fin más alto que las voces de odio y división que hoy resuenan.

Pero, aún así, yo creo que no he debido rezagarme tanto en la vida.

Periódico nuevo

Ha comenzado á publicarse uno republicano en Carcagente, titulado *El Rebelde*.

Le deseo larga vida, y dinero; claro es que sin causar el más leve desperfecto á su conciencia.

Y eso que en el saludo que dirige á la prensa, me ha a udido de un modo que me hace sospechar si no habrá leído el artículo que hace años escribí, trocando contra los calificativos encomiásticos que ya por entonces se me disparaban.

Por el de *venerable* paso, aunque á regañadientes, porque, trayendo la acepción por los cabellos, pudiera equivular á *vejatorio*. Con el que no transijo, es con el de *virtuoso*, en ninguna de sus acepciones, ni siquiera en la de instrumentista in-igne, introducida viciosamente en nuestro lenguaje.

Me han reveñado siempre los hombres que se creen especialistas en esta ó en aquella cualidad moral, ó en el cumplimiento de este ó aquel deber.

Por esto, cada vez que me he visto calificado de honrado, de austero, de incorruptible, me ha producido peor efecto que cuando se me ha llamado infame, bandido, canalla... Diré más: esto último me distrae; en ocasiones hasta me envanece. Si no de-pertara esos odios mi labor ¿qué labor había yo hecho?

Por lo demás, yo no he sido nunca mas que un hombre, como tantos otros, con cualidades buenas que á veces resultan malas, y con defectos que á lo mejor resu tan buenos.

Las circunstancias, y algo que he podido realizar, han hecho que se me haya e ogi do excesivamente por los unos y se me haya in-uridado brutalmente por los otros. Y ni me ha sugestionado lo primero, ni me ha preocupado lo segundo. Sólo alguna vez que otra me he dicho con extr ñez: ¿á qué se me elogiará por este acto sencillo? No lo harían, si supieran que lo he realizado sin darme cuenta, no pensando en el aplauso de aquí abajo ni en el premio

de allá arriba. Estos, me llaman santo... Aquéllos, demonio... Y ni aquéllos ni éstos están en lo justo... De todo tiene y ha tenido la viña del Señor.

Aunque, no; de todo no... A cada uno lo suyo, y á mi lo mío: la felonía, la traición, la deslealtad, esas infamias no han figurado nunca en mi repertorio. Ni he tratado tampoco de medrar sin reparar en medios... Ni he pensado jamás en pequeño, ni sentido, ni obrado, ni...

Pero, ¿á dónde voy á parar? ¿A que resulta que protesto de los calificativos que se me aplican, aprovechando la ocasión para egoísmo? Cortaré aquí, por lo tanto, dando las gracias á esos amigos de *El Rebelde*, y diciéndoles lo que me proponía al comenzar estos renglones:

«Gracias por su buena intención; mas no poner mote, porque quedan. Si os gusta mi obra; secundadla. Mas ¡por favor! prescindid del obrero.

JOSÉ NAKENS

La austeridad

Maestro y discípulo solían pasear juntos por las afueras de la ciudad. Iban huyendo de las calles angostas, de las chimeneas negras, del ruido de la plaza pública, de las habladurías del barrio. Y en plena naturaleza, ante los campos solitarios y brumosos, frente á las montañas adustas y severas, prolongaban las elecciones de cátedra departiendo afectuosamente sobre cosas mil.

El maestro, hombre ya entrado en años, tenía horror á la política. El ambiente de la vida pública le parecía degradante, campo abonado para todas las corrupciones. Detestaba á los oradores, aborrecía á la elocuencia. Consideraba á los grandes retóricos como unos charlatanes sin pudor. Demóstenes había callado más de una vez por dinero, presentándose en la asamblea todo arropado, afectando padecer no sé qué dolencia. Cicerón había sostenido lo por dinero más de una mala causa. El gran Mirabeau había recibido de la corte dinero para pagar sus deudas y mantener su fausto. Eran todos ambiciosos vulgares, de talento extraordinario, pero de corazón común. Y es que no podía ser de otro modo. La política corrompe, emponzoña cuanto toca. El maestro hablaba con espanto de los crímenes cometidos en nombre de la razón de Estado y de la salud del pueblo; de las pasiones, de los odios que las luchas políticas desatan; del maquiavelismo, de la hipocresía política de todos los tiempos; de la corrupción electoral, cosa de todas las épocas, tan conocida de la Atenas de Pericles y de la Roma de Cicerón como de la España de Cánovas y Sagasta; de la corrupción de las leyes, de la justicia y de las costumbres públicas por la política. Era ésta una especie de estercolero, á donde iban a parar todas las inmundicias, todos los detritus sociales.

A pesar de todo, el maestro era, aunque no de profesión, político. Las circunstancias le habían obligado á figurar en la vida pública. Y una vez metido en ella se esforzaba en luchar contra

la corriente. Quería llevar á las asambleas el ambiente austero de la cátedra, dar á la política de su país un alto sentido educador, hacer obra propiamente pedagógica. ¡Sí! Era preciso dar la batalla á los audaces, á los aventureros. Los universitarios debían ir á la política á regenerarla, á moralizarla, tapándose las narices cuando fuera preciso con el perfume bien empapado en ácido fénico. Debían tener valor cívico, ser menos intelectuales, más hombres, y decididos á acabar con los politicastros de oficio, sanguijuelas de la patria. Y luchando con tesón y con coraje, siguiendo siempre la línea recta, señalando en toda su vida inmaculada con su conducta una línea más recta que la línea recta de la geometría pura, destruir eso que se llama «habilidad» y «recursos», y que no es sino la astucia del zorro, una superioridad despreciable, una fuerza inferior, la fuerza y la superioridad de nuestros parlamentarios más ilustres, de nuestros «vivos» más insignes.

El discípulo escuchaba con encanto. Su corazón estaba hecho para amar aquel ideal que el maestro mostraba. Y adolescente aún, sin saber lo que con el tiempo haría de él la vida, pensaba vagamente en grandes luchas remotas, luchas homéricas por la verdad y el bien.

..

Pasó tiempo. El adolescente se hizo hombre. Como su maestro, tuvo, muy á pesar suyo, que intervenir en la política. Fué á ella sin más armas que una buena fe y una sinceridad absolutas.

Y llegó la hora de prueba. Fué necesario presentar el pecho al descubierta. Fué necesario seguir aquella línea más recta que la línea recta de la geometría pura. La fuerza de una sola convicción tuvo que oponerse á cien perfidias, á cien escepticismos. Fué necesario luchar con la bajeza, con la traición, con la deslealtad, con la hipocresía, con el ridículo. La fuerza de una sola idea, de un solo entusiasmo, tuvo que herir con intereses laboriosamente creados por el cálculo egoísta. Fué necesario ir contra la rutina, contra el hábito, contra prejuicios profundamente arraigados en el alma del pueblo. El desastre fué enorme; sólo el honor se salvó de la derrota. Hubo algo peor que sangre; hubo la moda imbécil, el sarcasmo idiota del vulgo.

El vencido fué en busca del viejo maestro. Una palabra suya, una mirada de aprobación bastarían para consolarle del ultraje recibido de la canalla. El maestro estaba en su gabinete de estudio, ojeando un pequeño, elegante volumen, mientras tomaba café. La habitación era confortable, «burguesa».

El antiguo discípulo tomó asiento, sin decir nada, frente al maestro. Este habló:

«Ya supe... No vale nada eso... Ya irá aprendiendo usted; la vida enseña mucho... El camino más corto entre dos puntos no es siempre la línea recta...»

Sintió el joven que toda la sangre le afluyó al cerebro. Lo que acababa de oírle parecía horrible; monstruoso. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no hundir el puño en aquel cráneo de sabio, reluciente y frío. Desde entonces, nada hay que el desengañado

discípulo odie tanto como la austeridad de los viejos maestros.

ALVARO DE ALBORNOZ

Teoría y práctica

En la audiencia concedida por el Papa á varias señoras de la aristocracia romana, pronunció un discurso acerca de la caridad, «madre de todas las virtudes», hablando al propio tiempo «de la gran fiesta de Navidad, una de las mayores y más legítimas glorias del catolicismo».

«Como la caridad es el amor de Dios y del prójimo, encargó á todos, como lo había encargado Jesucristo la noche de la Cena, que se amaran los unos á los otros.»

Ahora me explico por qué en la noche de Navidad estuvieron cerrados á piedra y lodo, (como los demás días del año), todos los conventos de Madrid: fué para que no se acercaran siquiera á sus puertas los pobres, los desnudos, los hambrientos...

Las palabras del vicario de Cristo habían esparcido en ellos tal cantidad del embriagador perfume de la caridad, que se dijeron indudablemente sus moradores:

«Que se muera de hambre todo el que no tenga pan esta noche, y de frío el que carezca de ropa. ¿Para que, si no, vino Jesús al mundo hace mil novecientos diez años?»

¡Pero qué haya todavía quien se empeñe en no ver estas terribles contradicciones entre la teoría y la práctica!...

Un padre y dos hijos

I

El criado entra de puntillas, descorre las cortinas, y se dirige al lecho.

—Señorito, ¿no se levanta usted?...

Gruñidos, bostezos y esírar de brazos del señorito.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¡Animal! ¿Por qué no me has llamado antes? ¿Qué tal día hace?... Dile á Jacobo que ensille al *Pilote*; prepara el baño... el agua bien caliente... El desayuno que esté á tiempo... Anda, corre... Estoy citado á las doce con mis amigos... Si lievo tarde te arreo dos palos... ¡Eres más bestial!...

El criado sale corriendo. El señorito vuelve á bostezar; empieza á vestirse con calma.

—Ya no me acordaba del baño. ¡Bah! Por un día lo dejaremos.

Se lavotea canturreando, se peina y acicala, se pone un elegante traje de mañana, se calza unas botas de montar, coge un latiguillo, y se dirige al comedor.

—¿Está ya el *Pilote*?

—Espera en el patio.

—Hoy no vendré á almorzar. A las dos vas á recoger al *Pilote* al círculo... La cena á las siete y... ¡jojo!

Salte, monta, se aleja... Los criados coretean y chillan regocijados. El coche-

ro abraza á la doncella; el criado se repantiga en las butacas del salón.

—¡Así volvieras entre cuatro!—exclama—pensando en el señorito.

El señorito, huérfano, riquísimo, de corazón de corcho, mollera vacía y con cara de imbécil, ha paseado hora y media por la Casa de Campo; ha almorzado con sus amigos en el círculo, ha bebido mucho, ha jugado y ha perdido dos mil pesetas. Ha vuelto á su casa á las seis, se ha mudado de traje, apenas ha tocado la cena, echando pestes de la cocinera, ha ido al teatro, después á un lupanar elegante. Ha cenado de nuevo en el círculo, jugado y vuelto á perder. Ha bebido champagne como un camello agua; los amigos le han metido en el coche, trastornado, con la camisa ajada, el traje descompuesto, y la mirada estúpida.

El criado se ve negro para desnudarle.

—Quita á ese perro que está encima de la cama...

—Si es el gabán, señorito... Siéntese para quitarle las botas... Así... apóyese en mi brazo...

—¿A dónde me llevas?

—Al reclinatorio... ¿No reza el señorito esta noche?...

—Sí, sí; me ahogaría el demonio... Tú eres un buen chico... mañana te daré un duro... para ti solo... ¿Lo oyes?

El señorito, sostenido por el criado, cae sobre el reclinatorio, mueve la cabeza, quiere mirar al crucifijo y sus párpados caen pesados. Su lengua torpe, oprimida en la boca seca y pastosa, modula una plegaria mecánica, entre tartamudeos y vahos de vino:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

II

—¡Eh! ¡Arriba, gandules! Que son las cinco, y hay que limpiar y barrer esta pocilga.

Los pobres, mendigos y viejos abren los ojos espantados, tosen, procuran tapar sus miembros ateridos con los andrajos de sus vestimentas. Los mozos, crueles, abren las ventanas del refugio nocturno, y ráfagas de aire frío azotan los rostros, y arrastran los miasmas del dormitorio.

Tapándose con una bufanda raída sale arrastrando penosamente sus piernas doloridas, confundido entre aquel ejército de desgraciados, un pobre viejo, de blanca barba, de encorvadas espaldas. Cada dos ó tres pasos se detiene, y mira en torno suyo.

—¿Es tan temprano todavía! Apenas se divisa la claridad de la aurora... ¿Porqué no nos dejan una hora más de refugio? Estas mañanas tan frías, tan inhumanas... ¿Cómo se presentará hoy el día?... Vamos hacia el mercado... Un poco de aquel café caliente que vende la Mariucha me daría la vida... Hoy sopla el Guadarrama pulmenfías... Tengo los pies como el mármol...

—¿A la faena, abuelo?...

—Sí, hija, á pedir; ya no puedo hacer otra cosa. ¡Tengo cerca de setenta años! Pero apenas hay alguien por aquí. ¡Qué tarde se levantan las criadas! Por allí viene una, probemos... ¡Una limosna, señorita!...

—Todavía no hecho la sisa... Ea, déjeme usted pasar que tengo prisa.

El viejo repite la suerte con otras: siempre negativas. Las vendedoras pre-

paran sus puestos; los mozos, circulan con las carretillas de verduras por todos lados. El viejo se aleja, temiendo ser atropellado.

—Mariucha, hoy está la gente de mal talante. Dame un poco de ese *recuelo* á ver si entro en calor... Ya te lo pagaré después...

—¡Buen principio de venta!... Abuelo, los pobres no podemos hacer caridades... Pida usted, y cuando tenga peiras ya veremos... El flar trae mala sombra... ¡Bueno está el negocio, y no llega ni para pagar la *contribución*!...

El viejo se aparta, y pide, y pide; pero en vano. Parece que se han vuelto de piedra todos los corazones... Se dirige al cuartel: es la hora del rancho... Los golfos juegan esperando la hora del reparto... Al ver al viejo, le rodean gritando, dándole empujones...

—¡Fuera intrusos! ¡Todavía no llega para nosotros! ¡Pida usted un volante al ministro de la Guerra, mi *general*!

Los soldados se ríen, y el viejo se aleja... Siente sobre sus pies el choque de una piedra lanzada. Van pasando las horas... Su piel se humedece, un sudor frío, sus piernas tiemblan... El sol cae consolador sobre los bancos de la plaza de Oriente... Se sienta; una mano de hierro escarba en su estómago... A su lado juega un chiquillo con un perro; el niño le da pan y el animalito no lo quiere; lo coge, corre con él y lo suelta... El viejo le mira con envidia... Pasa otro perrillo, y el can del chiquelo corre tras él; el niño le sigue... Allí está el pan, baboseado, lleno de polvo... El viejo lo come con delicia; luego dormita arrullado por el calorillo del sol... Quizás sueña que es feliz...

—¡A dormir á la cama!—le grita el guarda, hurgándole con su palo.

Está anocheciendo. El viejo se levanta presuroso. El refugio lo cierran á las siete; pero hay que dar diez céntimos por la cama.

Comienza á andar y á pedir. Cada negativa levanta una oleada de angustia en su corazón.

—Sino recojo diez céntimos, ¿dónde dormiré?... ¡Y va á caer una helada!... ¡Dios mío, ablanda los corazones!... Tanto lujo para unos, y tan poco para otros... A ver, allí viene una pareja; parecen enamorados... el amor es generoso.

—¡Una limosna!... ¡Para irme á dormir!...

—No puede ser, no sea usted pelma... Yo no sé qué hace el gobernador, todo está lleno de pobres...

—¡Tenga usted compasión! ¡Estoy muerto de frío! ¡Diez céntimos para la cama!

—Dáselos, que nos va á seguir hasta el fin del mundo, y que reviente con ellos...

—Ea, abuelo, agradezcásele á ésta... Tome; dos copitas más de aguardiente, y á dormir la *jumera*.

El viejo coge la moneda, y se va á toda prisa. Llega al refugio, extiende sus harapos, se abriga lo que puede, se santigua y reza.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

¿Es posible, lector, que estos dos hijos tengan un mismo padre?... Y si es así ¿concibes tú que ese padre los pueda tratar de tan distinta manera?... Espero tu respuesta...

FRAY GERUNDIO

Curarse en salud

Se dice que Maura ha dicho, que si en la discusión del proceso Ferrer no declarase el Gobierno que, en igualdad de circunstancias, hubiera obrado como los conservadores, se retiraría con la minoría del Congreso, é inmediatamente de la política.

Si es cetero que lo ha dicho, hay que reconocer:

1.º Que los conservadores tienen mucho miedo al debate sobre el proceso. Y

2.º Que Maura se previene. Convinco de que será imposible su vuelta al poder á pesar de haber deshecho Azcárate con los sublimes escrúpulos de su inmaculada cuanto cacareada conciencia la Conjunción republicano socialista, aprovecha la oportunidad para renunciar generosamente á la mano de D.ª Lenor.

Podrán negársele las condiciones de gobernante sereno y previsor, pero no desconocer que le sobra talento para adoptar gallardías posturas.

Le dije á la luna
del artito sielo:

«Si tú tienes cuartos, es porque no alcanzan
jasta ti los cuervos.»

El escote y la Iglesia

Para mí resulta conmovedora la mansedumbre del Papa, sometándose á las dulces exigencias de la moda. Ya los escapularios, toscos y sencillos, no tienen necesidad de figurar sobre los albos senos en los días de «soirées» elegantes. Pío X ha cedido á los sabios y piadosos ruegos de sus penitentes, reconociendo que esos venerables amuletos están «demodés». Ahora, cuantas veces quieran, las damas podrán llevar joyeles profanos con el santo de moda. La Iglesia reconoce el derecho que tienen las mujeres á no hacer papeles desairados con el ordinario colgajo que privaba entre ellas. Y esta es nable conquista del feminismo, rompiendo una tradición gloriosa, trae lumbres de religiosidad á nuestros corazones. Ya no podemos hablar del rutinarismo ni de la intransigencia de la Iglesia; ya no podemos decir que la religión es refractaria al progreso. Al contrario. La concesión hecha á la moda, el permiso concedido á las exhibiciones profanas, demuestran que en el Vaticano soplan aires de innovación. ¡Ahora sí que podemos decir que la religión está en buen sitio!

A los hombres, para convencernos, no nos hacía falta gran cosa; estábamos convencidos en principio; pero nos faltaba la causa ocasional en que manifestar nuestras creencias. La Iglesia lo sabía, mas no hacía nada para obtener el deseado arrepentimiento. Hoy, por fortuna, ocurre otra cosa. El permiso concedido á las mujeres para llevar joyas con imágenes religiosas sobre los blancos y desnudos senos nos convence. ¿Quién se negará á adorar esas divinas imágenes en cuantas ocasiones pnedna, aunque para ello, religiosamen-

te, tenga que alejar la atractiva sombra del pecado? La duda y el ateísmo, al mismo tiempo, han de desaparecer de nuestras almas. Un escapulario, colocado sobre un espléndido busto, hará más conversiones en lo sucesivo que todos los catequistas del mundo. Y los incrédulos, los que más se han resistido á la evidencia, acabarán por confesar que «allí hay algo», convenciéndose. ¡Y cómo no convencerse empleando la Iglesia argumentos tan decisivos, tan rotundos, tan adorables!

De todas las victorias alcanzadas por el Papado, no hay ninguna que pueda compararse con la de la concesión actual. Maquiavelo resucitando, daría su parabién á Pío X. ¿A qué emplear otras armas, disponiendo de las empleadas ahora? El Papa, que como político había fracasado, ha conseguido un gran triunfo como hombre de mundo. Hoy puede decir que los ateos, los que volvían la cabeza cada vez que admiraban un símbolo religioso, se desorbitarán contemplando los escapularios que atisben en sus correrías elegantes. Por que es verdad, y así ha de ser siempre. ¿Quién, por viejo que sea, no admirará escapularios tan bien colocados? ¿Quién negará la belleza de asunto tan religioso? ¿Y quién, en sus horas de deseo, no recordará cierto escapulario, entrevisto sobre las nevadas turgencias de un pecho robusto? ¡Pobre ateísmo! La religión, innovando en materia de adoración, lo ha sentenciado á muerte, y en su lugar, atractiva y risueña, ha comenzado á florecer la vieja flor del deseo, que huele á carne femenina y espolea los sentidos.

ANGEL RODRIGO

Pá los capuchinos
han jecho un convento,
sobre el primero que ayi se metiere
se despionie er techo.

CRIMEN INEXPLICABLE

Ha sido asesinado en Pontevedra el farmacéutico D. Sebastián Maquieira, antiguo y prestigioso republicano, por un individuo llamado Yañez.

Los republicanos de aquella capital invitaron de este modo á su entierro en el cementerio civil:

Al pueblo de Pontevedra

Rindamos el último y triste homenaje que debemos al conciudadano modelo, al íntegro, al virtuoso farmacéutico de esta ciudad, D. Sebastián Maquieira Santos.

Fué nuestro correligionario modelo de esposos, de padres, de ciudadanos, de profesionales. Le mataron en su oficina de farmacia... ¿Porqué? ¿Quién lo sabe?

El era bueno, buenísimo, discreto, culto, reflexivo, tolerante, conciliador, correcto; su constante preocupación fué siempre el cumplimiento del Deber.

Podrá haber en Pontevedra ciudadanos de conducta tan edificante; mejor, ninguno.

¿Qué furia armó la diestra y espoleó la insensata voluntad del... desgraciado que le mató? Meditemos.

Dicen que se trata de un alcoholizado de extraña conducta pero muy religio-

so; mejor, muy beato; mejor, muy fanático; dícese que momentos antes de disparar sobre nuestro amigo, salía de un templo católico en donde había oído tres misas; se añade que antes había confesado y comulgado; se asegura que entre el interfección y el matador no hubo más relaciones que las de la segunda infancia; que no mediaba entre ellos trato ni contrato alguno; que cometió el crimen con premeditación, porque al entrar en la farmacia con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, preguntó por nuestro entrañable correligionario, y tan luego se le acercó, después de una corta frase de salutación y simulado afecto, descerrajóle el tiro en la sien izquierda...

Hablase de anteriores agresiones, conatos y frases amenazadoras realizadas en distintas ocasiones por este individuo contra conocidos librepensadores de esta ciudad; son notorios y evidentes los inveterados hábitos alcohólicos del insensato que hace verter hoy tantas lágrimas y que priva á Pontevedra de tan ejemplar ciudadano.

¿Qué deducir de estos antecedentes? ¿Alcoholismo?... ¿Clericalismo?... ¿Fanatismo?... Renunciamos á hacer otras consideraciones.

Nuestro ánimo no se encuentra en estos momentos con serenidad bastante para profundizar en tan repugnante análisis de psicología colectiva ó social.

A nuestros labios vienen las palabras *sugestión y autosugestión*, nuestra memoria rememora á García Vao; el atentado contra D. Francisco Pi y Margall por un cura; el de hace pocos meses contra Sol y Ortega; el más reciente del sabio Doctor Bombarda en Lisboa, y tantos otros.

¿Quedan aún en Pontevedra desequilibrados susceptibles de autosugestionarse por el *medio medioeval* que viene aquí desarrollándose? Medite el pueblo de Pontevedra sobre este triste suceso, que bien lo merece.

Estamos seguros de que todo el pueblo concurrirá en masa á la conducción del cadáver de nuestro infortunado amigo, que se verificará hoy á las tres de la tarde.

Envío mi pésame á la familia de la víctima y á los republicanos todos de Pontevedra, á quienes ruego que, si se confirma alguna de las sospechas que apuntan en el anterior escrito, se sirvan decirme lo.



Acuerdo plausible

Se ha celebrado en Girona una asamblea de propietarios agricultores encaminada únicamente á corregir y combatir la blasfemia por cuantos medios se hallen á su alcance.

Mi conciencia me ordena decir, que si esos propietarios no tenían otra manera de demostrar la delicadeza de su oído, han hecho perfectísimamente.

Tanto más, cuanto que los acostumbrados á blasfemar suelen ser gentes incultas y groseras, que, sólo por verse

desnudas y sin comer, se ciscan en el Supremo Hacedor, en vez de hacerlo en los propietarios que los explotan.

Por una ventana
de la sacristía,
á las oraciones salía la cera
y entraba la gaita.

PASIONARIAS

La "trata de blancas"

La cacareada, la innoble, la repugnante institución que entiendo en la trata de blancas me ha producido siempre un asco inaudito y un odio profundo. Esa *bella mitad* del género humano que preocupa á otra exigua parte del mismo género, tiene para mí todas las consideraciones y afectos de lo violado. Mejorar, en la forma que lo hacen, la situación de esas desgraciadas que ponen precio á sus caricias, y de ellas viven, es un sarcasmo horroroso, un crimen que repugna á toda conciencia honrada. Luego hablamos de ética... ¿Pero qué se entiende aquí por ética? ¿Qué clase de moral es la que tratan de imponernos? ¿De dónde arranca y en qué punto llena sus funciones? ¿Cuándo es propicia para el salvamento de fuerzas que se desintegran del cuerpo?... ¡Es una canallada y es una blasfemia!...

—¡Fulanita, esa desgraciada, está perdida, no hay salvación para ella. Figúrate, ha entrado en una casa de esas...»

Esto se lo dicen al salir de la Iglesia dos buenas señoras que tratan de restablecer la moral olvidada, la virtud perdida de las encrucijadas del camino por donde marchan los tristes, los deshanciados de la diosa fortuna... Y entonces toda su fuerza, todas sus energías, las ponen al servicio de aquel acto de caridad para volver al redil á la oveja descarriada... Consultas con el director, consejos del padre (*y tu padre!*), revuelo de beatas, captura de busconas para que atrapen á una infeliz, coche preparado, *hermanas* prevenidas, cerrojos descorridos... Se da el asalto y la víctima cae, entrando en la mansión de los «Ángeles Custodios» y de las vírgenes oficiales. Realizada la empresa con éxito, reunión en el locutorio de cualquiera convento ó en la sacristía de cualquiera iglesia, y allí los adjetivos encomiásticos cayendo sobre las heroicas salvadoras que por la virtud han arrostrado valerosas las salpicaduras del lodo.—Ha sido una conquista dolorosa, pero la protección de la Virgen Santísima todo lo puede...

¿No es para renegar de lo existente y sentir un asco inmenso, tan inmenso que no se puede escupir de una vez y ahogar con el salivazo toda la asquerosidad que reviste el acto trascendental llevado á cabo?

¿Qué humanidad es ésta que califica de grandes actos tamañas indecencias? ¿Qué cobardía pesa sobre nosotros que consentimos supercherías y alardes de moral tan despreciables?

Ahondemos seriamente en estas cuestiones.

Una niña ha venido al mundo con los mismos atributos que las demás, con igual organismo, con idénticas necesidades. Ha ido creciendo, avanzando en su infancia hasta los cuatro años, sin sentir aun la maldición que sobre ella pesa. Desde los cuatro años, aunque prematura, puede empezar en ella la observación reflexiva. Sale á la calle ó á la plaza pública donde mil niñas de su edad juegan. Su inconsciencia, la alegría de su almita blanca, la acercan á el grupo de aquellas niñas que se divierten en cualquier forma. Trata de sumarse al grupo y cuando va á ser acogida, las *niñeras*, sino es de igual clase que las que ellas cuidan la separan del grupo. Yo me he conmovido muchas veces viendo alguno de estos casos. He visto aquellos ojitos de cuatro años velarse por la seriedad, por la contrariedad de una *separación inexplicable*: he visto una cosa horrible: nublarse por el dolor aquellos semblantes

donde sólo existe el ángel y he visto, por último, deslizarse, besando las mejillas sonrosadas, las amargas lágrimas de una criaturita que ha sentido el primer dolor y ha empezado a comprender que el vínculo del cristianismo estaba roto, que la fraternidad era una frase.

Desde aquel día, la niña ha distinguido, poniendo cuidado en sumarse a las suyas, estableciendo ya el primer vínculo de desgracia, enviándose a la clases de castas correspondiente.

En el grado ascensional de su vida, la niña de cuatro años ha ido creciendo, y su cerebro se ha ido penetrando, cada vez con más fuerza, de la línea divisoria que la separa de la comunidad de hermanos. Ha comenzado la educación primaria y también observa las diferencias esenciales de clase: todo es más triste a su alrededor. Allí un colegio alegre, bonito, coquetón, donde los colores alborozan el alma de contento; aquí, en el suyo, la negra casucha, fea, mal oliente, colocada en la peor calle, regida por una profesora que cumple su misión con la pena de los trabajos forzados a que está dedicada, víctima también de un régimen docente presidido por la miseria y la falta de toda labor organizadora y fecunda.

A los doce años, la niña, «nuestra niña», ha abandonado el colegio (si le vió alguna vez) que llama a las puertas de su casa, solicitada por la penuria familiar que envuelve a todos en una misma vida cruenta de deseos nunca satisfechos, de necesidades jamás cubiertas. Los padres la dejan abandonada en su labor, atentos sólo a que su jornal no falte, a que su ayuda sea la que iguale la suma de lo necesario para no morir de inanición. Desde los doce años va acompañada de nuevas amigas que, como ella, disponen de un domingo, de un día festivo, para que el grito de su juventud suene victorioso en el ansioso momento del asueto.

A los catorce ó quince años ¿dónde va? ¿A donde suene una música, a donde un cantar popular vibre capcioso, a donde una fiesta conmemore un acontecimiento, a todos los lados, en fin, donde los quince años encuentren la caricia de la alegría y el amor de la libertad...

Desde los quince a los veinte años una flor, toda vida, se ha desflorado, una rosa ha quedado marchita, una luz se ha perdido en las sombras de la desgracia...

¿Qué ha sido de esa luz, quién ha absorbido esa ilusión, quién ha saboreado los frutos virginales de esa pasionaria? ¿Quién ha tenido la culpa: éste, aquel, el otro?... ¿Quién la sedujo, quién la abandonó: sus vicios, sus padres? ¿Fue su condición perversa, fué su instinto carnal, fué su inconsciencia?...

¡No! Esa flor y esa vida, esa luz y ese amor se perdió para la sociedad por la sociedad misma. Ella la abandonó en su niñez, ella la olvidó en su infancia, ella la desamparó en su adolescencia, y ella la absorbió, capullo en flor, cuando todos los perfumes de su cuerpo virgen idealizaban el encanto de la madre futura... Todo lo que la rodeaba, desde que nació, convergía en una misma fuerza de perdición que la solicitaba como una inmensa vorragine anhelosa y maldita... Cayó arrastrada por el ambiente que la idó al nacer, cayó en la red de las solicitudes que la circundaban desde que su cuerpo de diosa propicia mostró las líneas de su hermosura espléndida... La pérdida de su virginidad, aun sin saberlo, fué salvadora: los ardores que apagaron la sed en su cuerpo pasivo libraron a otras del mismo fin... ¡Hasta de su mal—tan santa es—se refleja el bien!...

Calculad si sentiré asco inmenso y odio profundo cuando esas virtudes, forzadas y externas, encarnadas en las señoras de la trata, intentan purificar los santuarios donde sus hijos han oficiado, donde sus maridos se han rendido, y donde ellas, las puras, han hallado la salvación, al menos aparente, de sus cuerpos divinos...

Antes que corregir, educar. Antes que contrarrestar la prostitución, no crearla; pero para qué hablar de ello, si vosotros, las clases directoras, la habéis reglamentado.

Ya sabemos que, sin el escudo de esas des-

graciadas, las virtudes, en vuestras filas, hubieran sufrido un bajón enorme.

JOSÉ G. TORTAJADA

Bilbao, Diciembre, 910



Hojitas piadosas

Telegrama publicado en *Heraldo de Madrid* el día 26 del pasado:

Castellón 26 (240 t.)

«Un grupo de jóvenes radicales se distribuyó esta mañana en los alrededores de la iglesia mayor, repartiendo profusamente después de la misa de las doce impresos de Nakens titulados «Hojitas piadosas».

Enojados los católicos, rompían las hojas é insultaban á los radicales.

Un católico pretendió arrebatar los impresos á un radical, promoviéndose con este motivo un formidable escándalo, durante el cual menudearon los puñetazos y los palos.

Inopinadamente se oyó un disparo, que se atribuye al católico Sr. Bellido.

Entonces, enardecidos los ánimos, se generalizó la lucha, resultando varios contusos de ambos bandos.

Han sido detenidos los radicales Antonio Pérez, Vicente Vidar y José Adanero y el católico Manuel Ramos, habiéndoseles ocupado á todos ellos armas de fuego.

Después de prestar declaración fueron puestos en libertad los radicales Vicente Vidar y José Adanero.

La consigna dada por el jesuitismo para impedir la distribución de las *Hojitas Piadosas*, se cumple al pie de la letra por los crericales.

Pero tendrán *Hojitas* mientras el gobierno respete como hasta ahora nuestro derecho de oponer propaganda á propaganda, usando los mismos procedimientos que los clericales emplean.

¿Difaman ellos al gobierno, á los republicanos y á los socialistas en sus *Hojas* pedestres, groseras y calumniosas?

Pues contaremos nosotros con las nuestras, razonadas, cultas, é instructivas, en tanto haya correligionarios que nos las pidan.

La prueba de que las *Hojitas* pueden y deben circular libremente en toda España, es que todavía no ha sido denunciada ninguna en Madrid, donde se publican llenando todos los requisitos que la ley marca.

El que haya alcaldes brutos que prohíban su circulación, gobernadores débiles que no metan en cintura á los que traten de impedirla, y jueces clericales que procedan á quienes las expenden, sólo prueba que el gobierno liberal está servido por gentes reaccionarias que tratan de crearle conflictos ó ponerle en ridículo.

Que conste, pues: las *Hojitas* son perfectamente legales. Y en cuanto á su efecto, ya se ve. Cada una es una cantá-

rida que levanta ampollas en la piel grosera de los clericales.

Y ahora, un aplauso á los propagandistas, que sería mucho más entusiasta, si pudiese repartirles gratis las *Hojitas*. Pero no es mía la culpa de no haberlo, si no de la Divina Providencia, que no se ha dignado disponer que me tocara el premio gordo en la lotería de Navidad.

Porque si llega á tocarme, alfombró á toda España de *Hojitas Piadosas*.

Esto no obstante, procuraré que lleguen á todas partes, aunque en cantidades pequeñas.

De tu pelo rubio
dame tú un cabeyo,
á ver si es lo mismo que el que tiene el cura
en su guardapelo.

LIBRO NUEVO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODORÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

DE TRES PESETAS, Á UNA

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

COSAS QUE HE DICHO

¿Salen los grandes hombres de los pueblos viriles, ó los pueblos viriles son formados por los grandes hombres?

Varias veces me he hecho esta pregunta, sin acertar á contestarme rotundamente.

Me inclino, sin embargo, á lo último, por lo tocante á España y á la época actual. Creo que un grande hombre la salvaría.

Y he aquí lo que explica el que me haya pasado la vida volviendo en varias direcciones mi linterna, engañándome siempre, sin desengañarme nunca.

¿Que cómo creo yo que debe ser el hombre que España necesita y con el que he soñado siempre?

Uno que se cuide de que prevalezca la justicia mejor que de que se cumpla la ley.

Que ame más intensamente á España que á su buen nombre.

Que abarque la obra política en conjunto y deje á sus hechuras el llenar los detalles.

Que tenga alma grande para desdeñar lo pequeño, y corazón más grande aún para albergar todas las generosidades.

Que al encargarse de regenerar al país renuncie á su tranquilidad; que desprecie su fama; que lleve, en fin, la ofrenda de su vida, si necesario fuere, al altar de sus convicciones.

Hombre recio de espíritu y firme de voluntad, resuelto á salvar ó destruir cuantos obstáculos se opusieran á su marcha.

¿Sabe alguien de alguno que reúna esas condiciones?

Que me lo diga, para ir á ponerme inmediatamente á sus órdenes.—1905.

Se ha presentado en las calles de Málaga el maestro de escuela de Benagalbón implorando la caridad pública. Encontró el gobernador de la provincia en la calle de la Victoria, y le ordenó retirarse.

Si el maestro le hubiese preguntado que adónde, el digno representante del gobierno habría tenido que parodiar al heroico defensor de Gerona, diciéndole: «¡Al cementerio!»

Unico sitio á donde pueden ir los que ilustran al pueblo cuando mandan los que lo arruinan.—1893.

Leo que en los Estados Unidos existen 275 religiones, con libertad absoluta de cultos.

Muchas me parecen. Pero aun cuando haya que rebajar algunas, envidia á los yanquis.

En esto de religiones, mientras más, mejor; las unas neutralizan á las otras.

Lo malo es que sólo haya una. Ni Dios puede vivir en la nación que tal desgracia tiene. Dígalo España.—1904.

¿Lo ves, Pueblo español?

Porque no protestaste cuando los gobiernos de la restauración enviaron 300.000 de tus hijos á las guerras de Ultramar, dicen ahora los monárquicos que esto prueba que la primera materia, es decir, tú, es buena en España.

Ya lo sabes, pues. Para que continúen adulándote tus explotadores, preciso es que sigas callando á todo, y dándoles tu sangre, tu alimento y tu dignidad con santa resignación, virtud de morueco que se deja llevar estúpidamente al matadero. Sólo de este modo te harán la honra de considerarte como un buen chico digno de... una albarda.

¿Te parece poco? Pues de dos; no hemos de reñir por el más ó el menos.—1900.

¿Cuál es la primera y principal aspiración de los republicanos? Acabar con los poderes inamovibles é irresponsables.

¿Estamos convencidos de que esta necesidad se impone, para que la nación pueda disponer libremente de sus destinos? Convencidísimos.

Entonces, ¿por qué no predicamos con el ejemplo? ¿Por qué tenemos jefes irresponsables é inamovibles?

En la monarquía se han dado casos, y se pueden dar aún, y ojalá fuese mañana, de que los reyes han resultado amovibles y responsables: hable doña Isabel II.

Pero entre nosotros, demócratas y republicanos, jefe que se entroniza, jefe perpetuo. Haga lo que quiera, se arroge facultades que no le competen, vaya contra los deseos de la masa, no haya temor de que se le destituya ó se le exija responsabilidad.

Y véase por dónde, al pedir poderes amovibles y responsables, vamos contra aquello mismo que practicamos.—1905.

Una comisión de tahoneros se ha presentado al gobernador civil pidiendo protección contra los inspectores de policía urbana que les repesan el ran.

Pretenden sin duda que el gobernador haga el papel de aquel filántropo que, viendo á un guardia prender á un ratero cogido infravanti, decía dirigiéndose al agente de la autoridad:

«¡Deje usted al hombre que se gane la vida!»—1893.

Y dijo Romero Robledo al diputado republicano Pedregal en el salón de conferencias:

«Pero ¿qué hacen ustedes? Al fin tendré que ser yo el que corra el velo que oculta algo grave. Y qué diferencia entre ustedes y yo! Yo tengo que apuntar. Para ustedes todo es blanco.»

No puede censurarse de manera más dura la conducta de los republicanos en el Congreso.

¡Qué vergüenza! ¡Tener un monárquico que recordarles el deber que contrajeron al ser elegidos! ¡Y luego quie-

ren que se les respete y que no se haga política personal!

Cuando pienso en que estos hombres acomodaticios, faltos de carácter y energía, tendrían influencia en la República si viniese, tentaciones me dan de exclamar: ¡que no venga!

Y si no lo digo, es por que confío en que el Pueblo sabría entonces cumplir con su deber.—1888.

Varios periódicos preconizan las ventajas de la alimentación vegetal.

Dios les pague el buen deseo: tratan sin duda de consolar á los contribuyentes que, gracias á la restauración, se alimentan de raíces.—1893.

Nos viene ocurriendo hace tiempo á los republicanos lo que á todo el que gasta peluca: ni se engaña á sí propio ni engaña á los demás. De nada le sirve ocultar la calva, si la calva existe.

Creyendo que quienes nos escuchan son tontos, nos esforzamos por demostrar que vivimos en dulce paz y concordia, que los jefes son unos patricios eminentes, y que la República está en puerta.

Sabemos que nada de esto es cierto y que no lo será mientras no variemos de rumbo; pero ¡ay del que lo declare! La ropa sucia se lava en casa.

La teoría está desacreditada, sobre todo desde que se ha descubierto que en las ropas precisamente se transmite el contagio de varias enfermedades, el cólera entre ellas; pero seguimos sosteniéndola tan campechanamente.—1892.

Doscientos mil duros en oro han sido robados en la Junta de la deuda de Cuba. El ladrón, un señor Otíz, ha sido capturado en los Estados Unidos.

Nada le ocurrirá si conserva esa cantidad en su poder.—1890.

Van á aumentarse en los Presupuestos 500.000 pesetas más de las destinadas á la reparación de templos.

¡Cuántas casas de labor se vendrán al suelo mientras los templos se revocan!

En esto de la conservación de templos ocurren cosas singulares. La catedral de Sevilla, por ejemplo, amenaza ruina; el cabildo tiene millones que dedica á negocios financieros, y, sin embargo, no aplica ni un céntimo á la reparación, consintiendo que se caiga si el Estado no proporciona fondos.

Y si ellos, los primeros interesados, no se preocupan de que se hunda, ¿vamos á preocuparnos los demás?—1895.

Se preparan los banquetes de costumbre para celebrar el 21 aniversario de la República que nos regalaron, que no supimos conservar ni defender, y que no hemos sabido reconquistar.

Esto no es ya fe ni entusiasmo; sencillamente tontería. ¿Qué caso ha d

hacernos el país, si nos oye cada año decir á los postres de los banquetes, que aquel 11 de Febrero será el *último* que celebraremos bajo el régimen monárquico?

En política, pasar por inconsecuente, por reaccionario, por demagogo, hasta por inmoal, no es tan terrible como pasar por tonto.

Y estamos en camino de no pasar por otra cosa, si no abandonamos de una vez y para siempre la rutina de realizar actos inútiles y pagarnos de palabras huecas.—1894.

Azcárate ha repetido en pleno salón de sesiones la cruel frase de Llorens:

«Este es el Congreso de los prostítuídos.»

La frase es completa; pero debió haberle puesto este comentario:

«Al cual, sin embargo, no tengo reparo en pertenecer.»—1895.

Un niño se ahoga en el mar. La playa está llena de gente que lanza gritos aterradores. La madre calla, pero lo mira con ojos en que se pinta el terror de las angustias supremas.

Cada segundo que pasa es más inminente la muerte del niño.

Dos hombres, impulsados por el mismo ariauque generoso, se lanzan á la orilla; pero como van vestidos con ropas que les impedirían el libre manejo de sus remos dentro del agua, comienzan á desnudarse.

A poco el uno se detiene, recordando que el pudor es casi una virtud, mientras el otro se queda en cueros, se arroja al mar y salva al niño.

¿A cuál consideran más grande los republicanos que no quieren renunciar momentaneamente á sus particulares principios para salvar á España? ¿al que prescindió de los del pudor para librar al niño, ó al que los conservó incólumes?

Y no olviden al contestar, que los espectadores no se dieron cuenta de la desnudez del primero ante la grandeza de su acción.—1896.

Cuenta un periódico de Málaga que en la tribu de Frajana hay un moro que se ha impuesto por penitencia no alimentarse, mientras la guerra dure, más que de la carne de los españoles que mate.

Pues ya se sabe de qué morirá ese moro: de hambre. Para alimentarse de españoles hay que seguir otro procedimiento: comérselos vivos, como hacen los gobiernos restauradores.—1893.

Llovía copiosamente y un labrador de Cabrilla fué á guarecerse en una choza abandonada por unos pastores, y en la que se hallaba una perra recién parida. Abalanzóse á él apenas viólo entrar, lo tiro al suelo y mordióle con furia en las piernas y los brazos.

A los gritos que daba acudió una pa-

reja de la Guardia civil del puesto de Jódar, y no sin gran trabajo pudo impedir que la perra se abase de devorar á aquel desgraciado, que fué conducido á Cabrilla y á quien se desespera de poder salvar.

Me permito advertir, (sin que por esto trate en lo más mínimo de ir contra la fe de mis mayores), que la conducta de esa perra defendiendo á sus cachorros, contrasta un poquito con la del cura de Rucandio y su ama, que extran-gularon hace pocos días á la niña fruto de sus antimísticos amores.—1900.

Diez mil pesetas han sido robadas en la Administración de Rentas de Loja.

Ese, ese es, señores ladrones, el camino recto y seguro para llegar en este país á ser persona decente: apoderarse de lo ajeno con habilidad.—1887.

Parodiando al médico que decía: «no hay enfermedades, sino enfermos», yo vengo repitiendo hace años: «no hay partidos republicanos, sino republicanos».

Republicanos que, por causas de todos sabidas y por mí constantemente señaladas, estamos como aletargados para toda acción práctica y provechosa; dándose el caso de que los partidarios de los procedimientos de fuerza llevemos once años sin dar señales de vida, y los que ven la panacea en los comicios vayan al Congreso á pronunciar discursos sin finalidad práctica, que los votos anulan dentro, y que no tienen eco fuera.

¿Por qué todo esto?... Porque las divisiones mezquinas, las luchas de fracción, los odios irreductibles, lo pequeño, en suma, han aletargado las energías del partido republicano, razón por la cual impónese imperiosamente la muerte completa de los organismos que á tal situación nos han traído.

Seguir como estamos sería agravar el mal, haciendo además imposible el remedio.—1898.

Calcúlase en 60.000 duros lo gastado en serpentinas y *confjetis* en Madrid durante los días de Carnaval. Próximamente lo que dió para la guerra de Cuba.

Verdad es que la cosa venía á ser recrida; batalla de balas allá, y batalla de flores y papelitos aquí.

Es este un pueblo muy belicoso.—1899.

Se habla de formar tribunal de honor á varios republicanos por ejecutivos actos caciquiles.

Me opongo resueltamente.

En primer lugar, porque el honor es cosa muy seria para juzgar del de nadie con cualquier pretexto; y bien pudiera un republicano realizar actos inadmisibles, políticamente hablando, sin que por esto debiera nadie dudar de su honor.

Y en segundo, porque de hacer funcionar esos tribunales contra los caciques, habría que comenzar por los altos.

Las enseñanzas deben venir siempre de arriba; y si no vienen, por arriba deben comenzar los castigos que engendren los escarmientos. Y como en el partido faltan alientos para comenzar exigiendo responsabilidades á los de arriba, no hay manera, obrando en justicia, de juzgar la conducta de los de abajo.—1905.

La mejor mascarada celebrada este año en Valencia, formábanla 200 individuos disfrazados de burros; uno iba delante con un cencerro, y otro detrás con un estandarte en que se leía: ¡Paso á los burros del siglo xix! Al extremo había una alpargata.

El resto de las máscaras con cabezas de burros iba formado de á dos en fondo, llevando al cuello ó en la cintura ristras de ajos, garrotes, y capas parecidas á las de los huertancs. Al final de la reata marchaban dos con grandes calabazas, y cerraba la comitiva asnal una murga que hería los oídos.

Uno de los que llevaban la calabaza rebuznaba con tal primor que parecía un burro de verdad, y á sus exansiones respondía todo el cortejo con un rebuzno formidable.

Por donde quiera que pasaba recogía la mascarada grandes aplausos; creyendo el pueblo que representaba á los beatos que acuden al rosario de la Aurora, no cabía en sí de gozo al verlos con tal propiedad parodiados.

Admiremos la fe, que ve en cada burro un beato, ó á la inversa.—1896.

Entre los muertos habidos en Zaragoza en los últimos disturbios, figuraba un joven que sirvió en Cuba y al cual no se le pagaban sus alcances. Y decía su padre en presencia del cadáver:

«¡Miradle; es mi hijo, mi hijo del alma!... Vino de Cuba hace poco. Era sargento. Allí se portó como un valiente. No había cobrado sus alcances y quería protestar contra el Gobierno.»

Sobre asuntos menos épicos se han escrito grandes poemas.

¡Pobre hijo, pobre padre, y pobre patria!—1901.

A grito pelado iba pregonando por las calles de San Vicente de Alcántara un vendedor en los días de Semana Santa:

«¡Velas, blandones, cinchas! ¡Cinchas, blandones, velas!»

¿Por qué llevaba artículos tan diversos? ¿Sería por creer que necesitaban aparejo los que se gastan en luces el dinero que deberían emplear en socorrer á los necesitados? Tal vez.—1895.

JOSÉ NAKENS

RECUERDOS DE LA INQUISICIÓN

Y SUS TORTURAS

Una mujer quemada viva

Prometimos interesantes pormenores de autos de fe llevados a efecto en Lima, y hoy los daremos para demostrar la ferocidad con que nuestros católicos antepasados imponían la doctrina de Cristo en las Américas.

Pero antes recordaremos cómo ese Tribunal sanguinario, llamado de la Santa Inquisición, justificaba capciosamente su origen divino.

El inquisidor Luis de Páramo, en su obra titulada *De origine et progressu Inquisitione*, interpretando a su manera el Pentaténeo, establece entre otras sanciones, que Dios, constituido en Inquisidor, condenó a Luzbel y sus secuaces al fuego eterno (ya tenemos aquí la hoguera) y que formó proceso a Adán para desterrarlo del Paraíso.

De aquí deduce el muy sandio que los primeros autos de fe tuvieron lugar en el cielo; y tan estúpida opinión, acogida a su vez por Roma papal, dió omnimoda preponderancia á los que condenaban al martirio de las llamas á sus desgraciados semejantes, *ad maiorem Dei gloriam*.

Una vez proclamado Dios PRIMER INQUISIDOR, nada menos que por su representante en la Tierra, figúrense ustedes las atrocidades que en su nombre se dispondría á cometer el infame Tribunal.

Veamos ahora uno de los autos de fe, cuyos detalles hemos ofrecido, llevado á cabo en Lima el 23 de Diciembre de 1736, y al que asistieron, á más del virrey y el arzobispo, los jóvenes de la nobleza colonial, con el título de padrinos ó familiares, las damas más encopetadas y una inmensa colección de frailes de distintas especies, en cuyos rostros se leía la satisfacción y el regocijo.

Llamábase la reo (á la que acompañaban otros varios) María Francisca Ana de Castro; era natural de Toledo, en España, de cuarenta y nueve años, judía judaizante, convicta, negativa y pertinaz. María de Castro hubiera pasado en nuestros tiempos por una mujer galante de buen tono que había vendido sus favores á subido precio á uno de los virreyes y á los más encumbrados y ricos caballeros de la nobleza colonial. A pesar de sus años maduros, era una señora hermosísima y elegante, y sus amigos la conocían por *la bella española* y también por *Madama de Castro*.

Cuentan las crónicas que los domingos y fiestas de guardar acostumbraba doña María ir en su calesa á la plazuela de la Recoleta (aún existe la iglesia, restaurada) y que, sin descender del carruaje, oía la misa que celebraba el sacerdote en el altar mayor.

A pesar de haberla sometido por tres

veces al tormento más espantoso el santo Tribunal, doña María de Castro lo sufrió con entereza y sin confesarse culpable de herejía, de cuyo terrible delito la había acusado un fraile que no consiguiera sus mercedes.

Salió al auto con sambenito de dos aspás, coraza, soga al cuello y cruz verde en la mano. Luego que le fué leída su sentencia, la Inquisición la entregó al brazo secular.

He aquí la sentencia de relajación.

† *Cristo nomine invocato*. Fallamos, atentos los autos y méritos del proceso y haber probado bien y cumplidamente el promotor fiscal la acusación, según y como probarla convino. Damos y pronunciamos su acusación por bien probada, en consecuencia de lo cual, debemos declarar y declaramos á María Francisca Ana de Castro haber sido hereje, judía-judaizante, mujer de malas artes é impenitente relapsa: y por ello haber caído en sentencia de excomunión y en confiscación y perdimiento de todos sus bienes, los cuales mandamos aplicar y aplicamos á la Cámara y fisco de Su Majestad y á su receptor en su nombre, desde el día y tiempo en que comenzó á cometer dichos delitos, cuya declaración en Nos reservamos. Y que debemos relajar y relajamos la persona de dicha María Francisca Ana de Castro á la justicia y brazo seglar, rogando y encargando muy afectuosamente, como de derecho mejor podemos, se hagan benigna y piadosamente con ella. Y declaramos á los hijos é hijas de dicha María Francisca Ana de Castro, y á sus nietos, si los tuviere, por línea masculina, ser inhábiles é incapaces; y los inhabilitamos para que puedan tener ni obtener dignidades, beneficios ni oficios, así eclesiásticos como seculares, ni otros oficios públicos ó de honra, ni poder traer sobre sí ni sus personas oro, plata, perlas, piedras preciosas ni corales, seda, chamelate, paño fino, ni andar á caballo, ni traer armas, ni usar de otras cosas que por derecho común, leyes y pragmáticas de estos reinos é instrucciones y estilo del Santo Oficio, á los semejantes inhábiles son prohibidas. Y por esta nuestra sentencia definitiva juzgando, así la pronunciamos y mandamos.

El valor de los bienes que se confiscaron á doña María de Castro en alhajas y una propiedad urbana, ascendió á 14.000 pesos.

Luego que fué entregada al brazo secular, el general D. Martín de Mudarra y Samudio, alguacil mayor de Lima, la condujo al brasero en medio del aplauso popular.

El cronista Córdova añade, que al pasar por la iglesia de los Desamparados, la Castro dió muestras de debilidad, y abandonándola la energía que desplegara en el tormento, rompió á llorar; pero Mudarra no quiso privar á los espectadores del desenlace de la horrible tragedia, que á las cuatro de la tarde se efectuó en la plazuela de Otero y en el

mismo sitio donde hoy se ve el burladero de la plaza de toros. Inflamada la hoguera y después de arrojados en ella las estatuas y huesos del jesuita Uloa y de su paisano Velasco, devoraron las llamas el gallardo cuerpo de la desventurada señora doña María de Castro. Las cenizas fueron arrojadas al río.

La posteridad ha hecho justicia á ese Tribunal infame (que quisieran restaurar los neos) otorgando su compasión para los mártires y sus maldiciones para los fanáticos verdugos.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona.

E noche no duermo,
é día tampoco,
pensando en que el cura naíta currela
y vive tan gordo.

Una recomendación

Sr. director general de Correos:

Me permito recomendarle á usted para un ascenso al administrador del Ramo en Sahagún, por la digna, honrada y concienzuda manera con que desempeña su cargo.

Cuando llega allí alguna circular de las muchas que EL MOTIN reparte, las detiene cuanto puede y algunas no las entrega; y si algún amigo de los que las reciben intenta enviarlas á otra localidad, no les da curso.

Esto, y el besar la mano á los curas, y el oír misa en cruz en la de un pueblo inmediato, demuestra que es señor muy dado á ponerle el sello de la religiosidad á todos sus actos.

Y como esto es hoy lo que se aprecia y se premia, tengo el gusto de comunicárselo á usted, por si acaso lo ignora, á fin de que conceda á ese carcatólico empleado lo que en justicia le corresponde, ya sea un ascenso, ya un escapulario, ya un retrato de don Dalmacio.

Hay que estimularle, para que siga cumpliendo con su deber postal y clerical.

SEMBRANDO

Yo me imagino las satisfacciones y las angustias del sembrador. ¡Cuántas emociones debe sentir el hombre que pone el grano en la tierra! He aquí un yermo; pero el sembrador viene y remueve la tierra, la rebana, desmenuza los toscos terrones, la peina, echa el grano y la riega. Luego, á esperar.

Mas no consiste esa espera en cruzarse de brazos: hay que luchar. Hay que luchar contra las aves que bajan á comerse el grano, contra los animales que se alimentan de las plantas tiernas, contra el río ó la acequia que amenazan desbordarse, contra el yerbajo que se extiende y va á sepultar la siembra.

¡Con que emoción aguarda cada nuevo día esperando ver las puntitas verdes de las plantas saliendo de la tierra negra! Por fin aparecen y entonces levanta angustiado la vista al cielo; sabe leer en las nubes el tiempo que va á haber; la dirección con que sopla el viento tiene igualmente grande importancia. Viendo las nubes, reconociendo el

viento, se le ve palidecer ó iluminarse su rostro, según deduce de la apariencia del medio, bueno ó mal tiempo.

Empero, estas torturas nada son comparándolas con las que sufre el sembrador de ideales. La tierra recibe con cariño; el cerebro de las masas humanas rehúsa recibir los ideales que en él pone el sembrador. La mala yerba, las malezas, representadas por los ideales viejos, por las preocupaciones, las tradiciones, los prejuicios han arraigado tanto, han profundizado sus raíces de tal modo y se han entremezclado en tal grado, que no es fácil extirparlas sin resistencia, sin hacer sufrir al paciente. El sembrador de ideales echa el grano; pero las malezas son tan espesas y proyectan sombras tan densas, que la mayor parte de las veces no germina; y si á pesar de las resistencias la simiente ideal está dotada de tal vitalidad, de tan vigorosa potencia que logra hacer salir el brote, crece éste débil, enfermizo, porque todos los jugos los aprovechan las malezas viejas, y por esto enraizan con tanto trabajo las ideas nuevas.

El miedo á lo desconocido entra por mucho en la resistencia que el cerebro de las masas ofrece á los ideales nuevos. La cobardía del rebaño queda perfectamente expresada en la frase que anda en boca de todos los taimados: «vale más lo malo conocido, que lo bueno por conocer.»

Son amargos los frutos de las viejas ideas; sin embargo, la imbecilidad y cobardía de las masas los prefieren mejor que entregarse al cultivo de nuevos y sanos ideales.

El sembrador de ideales tiene que luchar contra la masa, que es conservadora; contra las instituciones, que son conservadoras igualmente; y solo, en medio del ir y venir del rebaño que no le entiende, marcha por el mundo, no esperando otra recompensa que el bofetón de los estultos, el calabozo de los tiranos y el cadalso en cualquier momento. Pero mientras, va sembrando, sembrando, sembrando...

RICARDO FLORES MAGÓN

Mi ropita vendo
¿quién la quíe mercá?
como vendo sotana y manto
para ir á jugar.

Fraile y galeoto

Como la carne es uno de los tres enemigos del alma, el fraile Ridini, de acuerdo con varias personas piadosas, fundó en la ciudad de Parma (Italia) una casa de lenocinio, á la que concurrían personas de fe religiosa inmaculada, con el santo fin de magullar al tercer enemigo y hasta estropearlo.

Mas como siempre hay envidiosos, dieron las gentes en decir que aquello era una casa de prostitución; la policía intervino y el P. Ridini puso pies en polvorosa, por figurar como gerente, y á la vez encargado de procurar pupilas á la virtuosa clientela.

Todas las pesquisas para dar con su honorable persona, han sido inútiles; únicamente han detenido á la condesa Amalia de Collalto, hermosísima joven de veintidos años, que hace tres y por consejo de su padre espiritual aban-

donó á su esposo, para dedicarse á la santa vida aquella, joven que hoy maldice la avaricia y la lujuria del fraile.

Entre las pruebas encontradas figura una extensa colección de libros pornográficos escritos en varios idiomas, objetos de goma de todas clases, cilicios, correas, látigos con mango de nacar é incrustaciones sicalípticas, y varios álbums de postales con mujeres desnudas y grupos escandalosos.

El juzgado se incautó á la vez de dos cuadros que figuraban en la sala de visitas, el uno con el retrato de las pupilas en actitudes provocativas y el otro con la tarifa de precios. Entre ambos cuadros estaban un San Antonio de gran tamaño, y un cepillo destinado á las propinas ostentando la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

¡Malditas sean las escuelas laicas!



Sobre el sexto

Que la Iglesia papista es la verdadera tía Javiera en achaques de religión, no hay sacristán ni fraile alguno que lo ignore; y que, por lo tanto, la tal madrestra de los sandios romanos es la más apañada para enseñar moral y buenas costumbres y otras golosinas, es tan cierto como que uno, más uno, más uno, es igual á uno, pues así consta en la Trinidad.

Véase, por si alguien lo dudare, un botón de la ética (1) vaticanista.

En un libro de misa, y en la parte dedicada á enseñar el modo de hacer exámen de conciencia para prepararse á la confesión, se lee lo siguiente, que recomiendo para su satisfacción á los padres que tengan niñas ya *confesables* y *moralizables* y... lo demás, pues todo ello han de leerlo y meditarlo hasta penetrarse bien de cuanto contiene las personas que hayan de confesarse, y por tanto, los chicos y las niñas desde los siete años.

Dice así el referido método:

«Si ha tenido pensamientos torpes y á sabiendas (2), deteniéndose y complaciéndose en ellos, ó si ha deseado la ejecución, cuántas veces y con qué estado de personas, sin nombrarlas.

«Si ha tenido tactos deshonestos (3) consigo á solas ó con tercero, y si ha enseñado modos de pecar.

«Si ha pecado con soltera, casada, parienta ó con personas que tienen hecho

(1) Lo pongo así, por lo fino, para desesperación de los muchos tarugos que audan por ahí.

(2) Recomendando este buen gusto literario á algún que otro obispo de los que cultivan la literatura de caballería.

(3) Hay que fijarse bien en que todo esto ha de leerlo y meditarlo la niña que vaya á confesar.

voto de castidad, y si lo tiene él, y si en lugar sagrado.

«Si está amancebado ó encenagado en este vicio. (¡La niña!)

«Si siendo casada ha negado el débito conyugal á su consorte, no teniendo causa legítima para ello, ó usado mal del matrimonio con peligro, etc. (¡La niña!)

«Si ha cometido pecado de sodomía ó de BESTIALIDAD.» (¡¡La niña!!!)

Y ahora diga el lector piadoso si la pollita católica, bien *examinada* y *confesada*, y conocedora de todas las revueltas, sinuosidades y escondrijos del resbaladizo sexto mandamiento, no podrá dar lecciones de *variedad* y *novedad* sicalípticas á la más experta ramera.

Alabemos, pues, la nítida pureza que la adorable Iglesia romanista inculca á las muchachas y escandalicemos un ratito con motivo del matrimonio civil y del divorcio.

ISAURO L. OCHOA

INDISCRECION

Las palabras blandas calman la ira, las palabras duras excitan el furor.

Salomón.

Lo que voy á referir lo presencié hace años en un pueblo de la provincia de Salamanca, y conmigo lo presencié también alguno que aún vive allí y quizás ocupa un puesto eclesiástico de no escasa importancia.

Se celebraba en el aludido pueblo la fiesta de su santo patrón, con todas las de la ley en tales casos: solemne función religiosa, con asistencia de sacerdotes comarcanos, grandes comilonas, la indispensable y bárbara corrida de novillos y baile público de tamboril y gaita.

Durante este último, que se verificaba en la plaza del lugar, se armó zambra y quimera entre mozos indígenas y mozos forasteros. ¿Por qué? No hay que decirlo, pues ello se adivina: por la cuestión eterna, por el «eterno femenino», representado allí por garridas mozonas de zagalejo corto, calañas medias y alto y trenzado moño.

Los enarbolados garrotes descargaron sobre la cabeza de algunos de los contentientes. Resultaron varios heridos.

Cuando todo hubo terminado, incluso el bailoteo, pues el fin de éste se aceleró por la confusión y el espanto que la riña puso en todos los ánimos, las gentes, retiradas á sus casas, comentaban á su sabor el pasado suceso.

Comentándolo estábamos también nosotros en el portalón de la nuestra, que no era otra que la del eclesiástico, seminarista entonces, á que hice alusión en un principio, cuando acertaron á pasar por allí, ya de retirada hacia su lugar, los mozos forasteros, entre los cuales iban dos ó tres vendados, uno de ellos el del origen de la quimera.

No sé quién de nosotros, creo que uno de los curillas comarcanos, les llamó la atención, deseoso de conocer verídicos detalles del lance. Tomó la palabra el que parecía haber sido protagonista, y comenzó llanamente á referirlo.

—Bailaba yo—dijo, sobre poco más ó menos—con Fulanita, la hija del tío Mengano, cuando se acercó á nosotros Zutano, que dicen si es ó no es su novio, y me pidió la pareja. No quise yo cedérsela por las buenas, hasta concluir aquella *touá*, nos trabamos de palabras y echándose *pa trás*, con la *cayá* en alto, dice digo: «Me...»

El mozo, es cierto, soltó en firme la frase toda entera, que no era otra cosa que una horrible, sucia y vulgarísima blasfemia.

¡Nunca lo hubiera dicho!... Uno de los curas (curita joven y celoso) sin parar mientes que el muchachón sólo de referencias hablaba, y llevado del deseo de dar más exactitud y colorido al relato, comenzó á increparle duramente, durísimamente:

—Necio, malvado, mentecato... mal católico, y te atreves delante de nosotros?... ¡Qué impiedad!...

—Señor cura, si yo...

—Na la, no hay disculpa, no hay pretexto que valga...

—Oígame usted, señor cura; si yo no fui, fué el otro...

—Tú, tú ahora mismo, acabas dó decirlo, de manchar tus labios y ofender nuestros oídos con la asquerosa blasfemia. Tú...

—Pero era por contar...

—¡Impío, impío!...—segufá diciendo el clérigo, cada vez más airado, manoteando como un loco.

En vano tratamos nosotros de calmarle, viendo la actitud que empezaban á tomar los mozos, los cuales, mirándose entre sí, se apartaron un poco de la casa y á la voz de el dol cuento, que dijo con destemplado tono.—«Pues bien, si señor, me... y me...», encajándolos muy redondos y de color subido, comenzaron á coger piedras del suelo.

Nos vimos obligados á cerrar precipitadamente puertas y ventanas.

SIXTO PÉREZ

Toito er sementerio
lo traigo yo andao,
buscando la guita á cambio é responsos
sin sacar un chabo.

¡Pobre cura!

¡Por favor, presbíteros!, mirad dónde y con quién os decidís á hacerle jugarretas al voto.

El día 22 del actual entró uno de nuestra clase á pasar la noche en un hotel del barrio de San Germán (Parí-) con una joven modestamente ataviada, y se encerraron en un cuarto.

El 24, por la mañana, observaron los dueños la puerta abierta, y al cura en ropas menores sin dar señales de vida.

La joven había desaparecido, y en los bolsillos del tonsurado se encontraron 45 céntimos.

Como no se le advertía lesión alguna, se sospechó que habría muerto envenenado, mas al hacerse la autopsia, se vió que había sucumbido de una afección cardíaca.

Quedo rogando al cielo por su pobre alma, ya que la muerte sorpren-

dió en pecado mortal á su cuerpo miserable.

Escarmentad en cabeza de ese, ¡oh vosotros los tonsurados que le imitáis!

Dios consiente, más no para siempre.

La Buena Prensa

Lector, si la *buena prensa*, es decir, la clerical, que la falsedad condensa y defiende lo inmoral.

Si esa prensa que envilece, que es toda supuración, detritus, en conclusión, ante tu vista aparece.

Si esa prensa indecorosa viene á tus manos á dar, la puedes aprovechar en limpiarte... cualquier cosa.

Que prensa que está encargada de coleccionar vilezas, baba, espantos é impurezas, no puede ser prensa honrada.

Es la cloaca indecente, es el caño colector de todo lo pestilente, de todo lo corruptor.

Y si por tu mano pasa, por higiene y por decoro, lávate con formol, cloro, con bicloruro, ó potasa.

Después, con vinagre y sal date constantes fricciones; que el bacilus clerical, no muere así á dos tirones.

T. V. O.



La invasión monástica

Para algunos, la invasión de órdenes religiosos extra-concordadas, que denuncian nuestros hombres públicos, no existe en la realidad, y es, según ellos, pura invención de nuestros liberales y demócratas, que pretenden con ella dar novedad á sus programas y calor y entusiasmos á su proselitismo.

Para otros, y éstos son aquellos de «dañada intención» de que hablan nuestras leyes de Partidas, existen en realidad en España más, muchas más de los órdenes religiosos autorizados; pero el ir contra ellas, exigir el cumplimiento de la legalidad, implicaría un ataque á los intereses de la Iglesia católica, al culto y sus ministros.

Es natural, por tanto, que ante la masa de opinión que esas doctrinas recibe casi como verdad de fe, aparezcan nuestros hombres públicos, no ya en las lindes, sino dentro del campo de la impiedad y de la heterodoxia.

Si existe ó no el hecho denunciado, lo dirán, no razones, sino cifras, que son más elocuentes. Y en cuanto á si es ó no doctrina condenada por la Iglesia la que hoy mantienen nuestros hombres liberales, puede decirlo la Historia, en el siguiente brevísimo resumen de la que es doctrina genuinamente española en esta materia.

Desde el siglo XVII, especialmente, viene preocupando la atención de nuestros políticos la cuestión de las órdenes religiosas. Eran entonces obispos y arzobispos los que señalaban á nuestros gobernantes el exceso

de conventos y de religiosos como el obstáculo más grande al desarrollo de una población laboriosa y útil. A partir de tal época, toda nuestra historia es una protesta continua, no ya de políticos, sino de altas dignidades eclesiásticas, contra la multitud de religiosos y de conventos.

Si esas doctrinas ó tendencias hubieran sido, no contrarias, sino simplemente sospechosas á la fe católica, ni la Inquisición habría dejado correr los libros donde se contienen, ni hubiera habido tantos varones doctos y ejemplares, como fray Angel Manrique, obispo de Badajoz; D. Ga-par de Cria-les, arzobispo de Reggio; el P. S. de Cabrera y otros, que las profesasen y defendiesen con aquella conciencia segura y tranquila de los que profesan y defienden la verdad.

Se atribuye al maestro Gil González Dávila haber contado en España, á principios del siglo XVII, 9,000 conventos esparcidos en 17,000 lugares. Y 100,000 personas de estado eclesiástico; 80,000 pertenecientes al clero secular y 70,000 al regular; cómputo que Jerónimo de Ceballos y el padre Peñalva aceptan y aun reputan por moderado.

Fray Angel Manrique decía en 1624 que en los últimos cincuenta años faltaban las siete de las diez partes de la población, porque en proporción que aumentaba la salida de las gentes, se multiplicaba el clero secular y regular.

Romero del Alamo escribe («Paradojas ó medios políticos») que había en España hacia el año 1762, 3,170 comunidades religiosas de ambos sexos, con 64,147 individuos profesos y 12,882 legos y donados. En junto, 77,292 personas de hábito religioso.

Campillo decía que el estado eclesiástico y religioso de España era tan grande, que por sí sólo podía, en pocos años, poblar un nuevo mundo.

El censo de 1768 arroja el número de 148,815 curas, beneficiados, religiosos y religiosas; y el de 1787 lo fija en 138,761, descontadas las personas que vivían en comunidad, sin estar ligadas con votos monásticos, ni sujetas á la regla de la Orden á cuyo servicio solían consagrar, no obstante, la vida entera.

El ánimo de nuestros políticos se contristaba al considerar cómo la disminución progresiva de las gentes hacía crecer cada vez más la flaqueza de la monarquía. Era natural que se les ofreciera á la vista, como primera causa de la despoblación de España, la demasiada amplitud del celibato eclesiástico, viéndose como se veían por todas partes rodeados de conventos y afirmado el juicio de que el claustro disgustaba del matrimonio.

Y no eran solos los políticos los que esta doctrina sustentaban. Un cuerpo tan grave y circunscripto como el Consejo de Castilla, participó de la misma opinión, y en la consulta de 1619, propuso: «Que se tuviera la mano en dar licencias para fundaciones religiosas y monásticas.»

Los procuradores del reino recogieron la recomendación del Consejo, imponiéndola por condición (la 45) del servicio otorgado en 1630. Y el Consejo de Castilla, fundado en el carácter bilateral del pacto de la escritura de millones, suplicó á Carlos II, en 1691, «que se abstuviese de dar dichas licencias para nuevas fundaciones de conventos en España. Y esta es la ley primera que aparece consignada en el libro 1.º, título XXVI de la Novísima Recopilación.

Muchos había, en efecto, que tomaban el hábito y entraban en religión huyendo de los trabajos y miserias del mundo por gustar de las dulzuras de la ociosidad, y no porque los moviese á ello la devoción, la penitencia y el amor á la vida contemplativa. Así lo dijo el Consejo de Castilla en 1619. Lo mismo pensaba fray Angel Manrique, obispo de Badajoz, censurando la multiplicación del estado eclesiástico y temiendo que llegase á ocupar y embarazar la gente destinada á los ministerios industriales, de suerte que «todo viniese á tocar en él, que harto lo experimentamos en España.» «Difícilmente puede creerse—prosigue—que llama en este tiempo Dios más que solía, pues ni la necesidad es mayor ahora, ni le piden tampoco los nuestros méritos; y no

llamando más de todos los que sobran, ¿qué hemos de creer sino que vienen ellos o que los traen motivos inferiores? Algunos hacen vanidad del Estado eclesiástico, y les parece que el hijo cura hace hidalgo al padre labrador; el canónigo, caballero al mercader; y que si llegan á obispos, será el lustre de todo el linaje. Y todo esto hace decir á las gentes que se ha hecho ya la religión modo de vivir, y que algunos se ponen á frailes como á un oficio. («Discurso sobre el socorro del estado eclesiástico»; cap. VII). En los mismos términos se expresa el arzobispo don Gaspar de Criles. Pero es más grave y severo aún el lenguaje del P. S. de Cabrera al proponer y tan en alta voz decir: «Que sería acción digna del celo de los gobernantes entrar la mano contra semejante muchedumbre de religiosos, con vivas y eficaces representaciones al Sumo Pontífice.»

Pero vengamos á tiempos modernos. Desgraciadamente, hoy no podemos consignar de ninguno de nuestros obispos ni arzobispos, doctrinas ni aún parecidas siquiera á las que sustentaron y mantuvieron ilustres prelados españoles en los siglos XVII y XVIII. Pero ya que no doctrinas, apelarémos á los hechos. Y, ateniéndonos solamente á las cifras oficiales, resulta de la *Re-seña Geográfica y Estadística*, publicada por el Instituto el año 1888, que había en España en esa fecha 48,701 personas de estado eclesiástico, clasificadas en esta forma:

82,431 pertenecientes al clero católico secular, y 16,272 al regular; de éstas, eran varones 1,681, y hembras 14,592.

Los últimos datos son de 1,900, y aparecen publicados en el censo respectivo. El número aumenta en términos verdaderamente alarmantes. Sin contar con los sirvientes de los cultos, da un total de 88,111 personas de hábito religioso, ó sean 39,440 personas más que en el censo anterior. De ellas pertenecen al clero católico secular 38,103, y al regular 54,738.

En el clero secular, como se ve, es poco sensible el aumento: solo de 996 personas en el transcurso de doce años. A 82 curas por año viene á salir la cuenta. En cambio, las proporciones del regular son enormes. En conjunto, la cifra da un aumento de 38,462 en los doce años, que equivale á 3,205 cada año, y á muy cerca de nueve regulares cada día.

Y ténganse muy en cuenta dos cosas: una, que esos datos tienen ocho años de antigüedad; y otra, los acontecimientos ocurridos después en Francia, y que han traído á España un contingente numerosísimo. Con aquellos datos y estos antecedentes juzgue cada cual de la importancia del problema, y de si existe ó no existe entre nosotros.

Uno de nuestros hombres públicos, de inolvidable memoria, el gran Villaverde, alarmado ante tales cifras, se hizo eco en 1903, de aquel informe que daba al rey el Consejo de Castilla en el siglo XVII. El partido liberal de hoy, siguiendo la tradición española, busca sus inspiraciones en las doctrinas del P. S. de Cabrera, aunque sin las representaciones del Papa, pues no aspira por lo pronto sino el cumplimiento de la legalidad concordada, que sólo tres órdenes religiosos autoriza.

FR. MATEO DE OLVERA

Corazón es fiera
tiene esta mujer;
pero como ha sido novicia é convento
no le estrañe á oste.

La misa del asno

Hablando de ella, leo en el periódico de Barcelona, *El Libertador*:

«La misa y fiesta del asno celebrábase en Francia durante la Edad Media el día de la Circuncisión del Señor, en plena catedral de Sens, y en algunas ocasiones, según consta en documento ve-

ridico de la época en que nos venimos ocupando, el celebrante del *oficio divino dedicado al jumento*, fué nada menos que el propio arzobispo, monseñor Pierre de Corbeil (1).

Dicho oficio tomaba el nombre de *misa del asno*, por ser el héroe principal de la fiesta el humilde animalito que, según es fama, habiendo asistido al nacimiento del Mesías en el portal de Belén, lo salvó después del furor de Herodes y concluyó al fin por servirle de modesta cabalgadura el día que entró triunfalmente en Jerusalén.

Semejante solemnidad religiosa revestía todos los alegres atractivos de una algarada bulliciosa. Al efecto, antes de comenzar las vísperas, el clero catedral, ricamente vestido, salía á la puerta del templo para esperar allí, con la mayor y más pomposa de las solemnidades litúrgicas, la aparición del abigarrado cortejo procesional en que debía llegar el asno, héroe consagrado de la fiesta.

La comitiva procesional encargada de introducir al asno en el templo, solía organizarse de la siguiente manera: iban en primer término *doce hombres del pueblo* formados en dos líneas paralelas, vestidos y caracterizados de modo que representaran más propiamente á los *doce apóstoles*, en medio de los cuales marchaba, con paso reposado, un asno lustroso, de buena estampa y lujosamente enjaezado, sobre cuyos robustos lomos, sencilla, pero ricamente ataviada, erguía majestuosa una joven galánrda la más linda muchacha que era posible encontrar en toda la comarca, llevando en sus brazos oburnos un niño rolozo y bello, cubierto con un finísimo velo azul. Estos personajes, como fácilmente se comprenderá, representaban á la Santísima Virgen María y á su divino hijo Jesús de Nazaret.

Detrás de tan vistosa comitiva, seguía el pueblo en masa, ébri de alegría y contento, y lanzando exclamaciones estruendosas, entre *vitores* y *rebuznos*, se dirigía á la puerta de la catedral.

Allí, ante el templo cristiano, apóstoles, Virgen, niño, asno y pueblo eran recibidos por el cabildo catedral, y una vez dentro de la iglesia, la Virgen y el niño descendían del jumento entre las aclamaciones, chillidos y rebuznos de la muchedumbre exaltada...

Luego, los canónigos aproximábanse al asno, al que cubrían con una magnífica capa de terciopelo bordado en oro, llevándolo inmediatamente frente al altar mayor, donde, acto seguido, empezaba el clero catedral á entonar cánticos extravagantes, cánticos medio rebuznados, en alabanza del jumento.

Una vez terminados aquellos cánticos de corte semibestial, era el burro conducido al centro de la nave sagrada, y entonces el pueblo, mezclado con el clero, poníase en pleno templo á bailar, á chillar, á rebuznar y á cantar desahoradamente estrofas de esta clase:

«Este asno ha sido criado por Rubén
sobre las colinas de Sichen.
Ha atravesado el Jordán
y saltado hasta Belén.»

Después, cuando el buen pueblo, cre-

(t) Existe en la Biblioteca Nacional de Francia un curioso manuscrito que data del siglo XIII y es obra del arzobispo P. de Corbeil, en el cual se hallan las reglas rituales á que debía sugetarse al ceremonial de la fiesta del asno.

vente á macha martillo, de aquellos benditos tiempos en que el catolicismo lo dominaba todo, se había causado ya de cantar, de bailar y de *rebuznar* en pleno templo, el canónigo predicador conducía á la multitud ante un estrado, adosado al exterior de la iglesia, donde, individuos cubiertos con fantásticas vestiduras representaban pasajes bíblicos, farsas y entremeses, *actos de recogimiento piadoso* en los cuales traspasábanse con frecuencia los límites de la moral y que siempre terminaban arrojando los actores sendos jarros de agua fría sobre el infeliz predicador, al cual solían dejar materialmente *hecho una sopa*.

Una vez retirado el asno del templo, empezaba el oficio divino, oficio que debía concluir, invariablemente, con una especie de perorata jocosa que el prelado de Sens dirigía al pueblo, exhortándolo á que desalojara el templo y se marchara á comer lo mejor y más opíparamente que le fuera posible en honor al festejado animalito que, según es fama, tuvo la *dicha inapreciable* de ver nacer al Redentor del mundo y de llevarlo mansamente caballero sobre sus lomos. Esta exhortación era religiosamente observada por la multitud.

Los que creyeran que *La fiesta del asno* ha pasado á la Historia, se equivocarán de medio á medio.

No ya una vez al año; todos los días se celebra.

Con una diferencia notable, sin embargo:

En la Edad Media, el asno que entraba con toda esa pompa y recibía todos esos honores, salía del templo al final de la fiesta.

Hoy se quedan todos dentro.



NOTAS SEVILLANAS

¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!
¡Brame el Infierno,
ruja Satán!

Venid, herejotes, impíos; llegad, espíritus volterrianos, sempiternos negadores de la verdad divina; venid y vamos todos

al convento en que habitan las siervas de María en la calle de Quevedo de esta católica ciudad, y veréis allí á la mismísima Virgen llorar á lágrima viva.

Yo sé que habrá entre vosotros más de un incrédulo que dudará del llanto de la Virgen que veneran esas siervas de la calle de Quevedo; pero yo os digo que la he visto llorar. Y mi testimonio no debe ser sospechoso para nadie.

Lo que no dice la Virgen es por qué llora; pero... ¿que llora?, de eso estoy tan seguro, que me atrevo á apostar con cualquiera que dude de mi aseveración, una beata en estado de castidad contra el sacristán inventor de las vejigas con líquido milagroso.

Sé que voy á pasar las *moras* si pierdo la apuesta y tengo que entregar una beata en aquel estado; sin embargo, la apuesta queda en pie y mi palabra empuñada.

Había yo leído la noticia del milagro en un periodicoucho neo de esta ciudad, y queriendo cerciorarme de la verdad del caso, fui una tarde al convento, y al llegar á la puerta noté una gran aglomeración de coches y automóviles que conducían á la *élite* de la aristocracia sevillana, deseosa de presenciar el milagro.

Noté también, con alguna extrañeza, que las buenas madres no permitían la entrada en el recinto más que á aquellas personas cuya lujosa indumentaria y distinguido porte acusaban una buena posición social.

Y como yo *adolesco* ¡ay! de aquellos requisitos de lujo y distinción precisos para poder entrar en aquella casa del Señor, recurrí á la estratagema de hacerme pasar por chauffeur y acompañante de una aristocrática dama, y así pude penetrar en la capilla donde está el camarín de la Virgen milagrosa.

Enseguida me fijé en el sitio donde se encontraba, y la miré; la Virgen me miró y luego lloró; volvía á mirar y volvió á llorar.

Yo al pronto creí que la Virgen lloraba de verme á mí, que soy de un feo algo subido; pero no; no era de verme á mí por lo que lloraba la Virgen: la Virgen llora, según supe luego por confidencias de un monago del convento, de ver á tantos imbéciles, á tantos hipócritas y á tantos sinvergüenzas vaciar el dinero de sus bolsillos en las arcas de una comunidad de beatas estériles y gandulonas, existiendo, como existen, tantas verdaderas desgracias que remediar, tantas miserias en hogares santificados por la maternidad, tantas carnes desnudas que cubrir y tantos niños ¡verdaderos ángeles! huérfanos de toda clase de amparo...

Y ahora que sabéis por qué llora la Virgen que se venera en el convento de Siervas de María de la calle de Quevedo, venid y vamos todos, pero en automóvil ó en coche propio, y... ¡con buena ropa!, pues de lo contrario, á los que se aventuren á ir sencillamente á *pala* y con ropa de «El Aguila», le darán las reverendas madres con las no menos reverendas puertas ó con el reverendísimo postiguillo en las narices.

E. GIMÉNEZ MONROY



Cuestión de aritmética

En una de esas Hojitas embusteras que reparten los clericales, se dice que en los archivos de Lourdes constan oficialmente estas curaciones, verificadas desde el año 1.857 que se inventó la aparición hasta 1909:

Curaciones del aparato digestivo, 583.
Del aparato circulatorio, 76.
Especiales del corazón, 55.
De la médula espinal, 137.

De los huesos, 320.
De enfermedades nerviosas, 270.
De enfermedades de la piel, 38.
De tumores malignos, 111.
De llagas, 55.
De cáncer, 25.
De reuma, 168.
De ciegos que han recobrado la vista, 34.
De sordo mudos que han recobrado el oído y el habla, 28.
De otras varias dolencias, 481.
Total: 2.381.

Admitiendo por un momento que realmente se verifican milagros (por un momento nada más, ¿eh?), permitidme exclamar:

¡Y para una miseria así, tanto bombo, y tantas alabanzas, y tanto dinero *ballado* á los fieles!

Cualquiera, yo mismo, si me pongo á hacer milagros, perpetro más en ese tiempo.

Y si no, vamos á cuentas:

En 1857 se apareció la Virgen á Bernardeta, esto es, hace cincuenta y dos años.

Divididas esas 2.381 curaciones milagrosas por 52, vienen á resultar 45 y pico curaciones anuales.

No pueden ser menos, concurriendo cada año á Lourdes millares de enfermos.

Por no hacerme pesado, haré solamente el cálculo en tres dolencias.

Las curaciones del aparato digestivo son 583; salen á once por año. Cualquier especialista cura más en un mes.

El reuma sale á tres curaciones anuales. Cualquier balneario de esa especialidad cura centenares.

Y las llagas salen á una curación por año. Manolo Bombin cura diez ó doce al día.

Y una vez demostrado que no se pueden hacer menos milagros en más tiempo, voy á permitirle hacer una pregunta á los católicos:

¿Cómo, si las aguas de Lourdes eran tan milagrosas, no hizo la Virgen su aparición hasta pasados dos mil años de su ascensión á los cielos?

Porque, aun concediendo que son pocas las curaciones, siempre resultará que en dos mil años podían haberse curado *noventa mil* enfermos.

Y no pudiendo yo suponer que la Virgen, sabedora de la virtud de esas aguas, deje transcurrir tanto tiempo sin aparecerse, se me impone forzosamente esta conclusión:

«Esa, como todas las apariciones parecidas, las inventan, preparan y divulgan los señores sacerdotes (¡qué fino estoy!), para cosquillear en el bolsillo de los imbéciles, que son la mejor materia explotable en este valle de lágrimas.

Por cierto que esto que digo, me recuerda aquel o que con tanta gracia decía D. José Carvajal:

—Hay que desengañarse; los curas existirán siempre. Mientras haya mundo, habrá hombres; mientras haya hombres, habrá tontos; y mientras haya un tonto, habrá un cura.

Bibliografía

La Romería, novela original. por M. Oiges Aparicio.

En la provincia de Córdoba se verifica anualmente una romería á la Virgen de la Sierra, cuyas diversas escenas pinta el autor con tal realismo y verdad, que el lector se cree presenciando la romería.

El libro reúne las principales condiciones que deben avalorar una novela de altos vuelos: estilo correcto, profunda observación de los tipos y un espíritu sano, libre de toda clase de convencionalismos.

La Romería ha sido publicada con el esmero á que nos tienen acostumbrados los populares editores valedianos Sempere y Compañía, y se vende á dos pesetas tomo en todas las librerías.

Hemos recibido los cuadernos 16 y 17 del *Atlas Pedagógico de España*, obra de grande utilidad para el estudio práctico y completo de nuestro suelo, publicada por la casa editorial de Alberto Martín, de Barcelona. Cada cuaderno se compone de un mapa de la provincia tratado á nueve colores, para que se distingan á simple vista las divisiones judiciales, y de cuatro hojas numeradas; corresponde á los partidos judiciales y ayuntamientos, estando los nombres de éstos únicamente marcados con la inicial, los tres mapas restantes son completamente mudos, el segundo es igual al primero; pero en él se han suprimido las iniciales; el tercero corresponde á las vías de comunicación (ferrocarriles y carreteras) y el cuarto á los sistemas orográficos é hidrográficos y está impreso á dos tintas.

El cuaderno 16 corresponde á la provincia de Barcelona y el 17 á la de Vizcaya; este cuaderno, lo mismo que los sucesivos, llevan una hoja más con la descripción de la provincia, habiéndose suprimido ésta del dorso de cada mapa. El precio de cada cuaderno es de *cien* céntimos de peseta.

Los pedidos de dicha obra, pueden hacerse en las librerías, centros de suscripción ó al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140.—Barcelona.

Crónica de la Guerra de Africa.—Hemos recibido los cuadernos 49 y 50. en los que se relatan la toma del Gurugú, con los diferentes episodios ocurridos en ella, hallazgos, etcétera. Detallada reseña del combate del 30 de Septiembre, muerte de Díez Vicario, heroico comportamiento de la cuarta batería del tercero de montaña y comentarios que sobre el combate se hicieron; el texto acompaña multitud de grabados y una lámina reproduciendo el paso de cazadores de Alba de Tormes por las ramblas de Barcelona á su regreso de Melilla.

Los pedidos de dicha obra, pueden hacerse en las librerías, centros de suscripciones ó al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140, Barcelona.

EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

POR

FRAY GERUNDIO

Con prólogo de José Ferrándiz y epílogo de José Nakens.

PRECIO: UNA PESETA

A los suscriptores y correspondientes a EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

Se enviará además 25 céntimos para el certificado.

(FOLLETÓN 81.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

para el trabajador corporal, y grandes enseñanzas, enseñanzas de sabios profesores, de hombres eminentes, así haya que hacerlos venir de fuera á fuerza de oro, para el trabajador mental; he aquí los dos primeros y principales medios de regeneración que el Estado de la monarquía española exige. Antes que temble hay que hacerla respetable; y antes que respetada ha de hacerse simpática.

Hoy se la tiene compasión, pero no se la dejaría levantar cabeza... Aunque no fuesen merecidos el odio y el horror que generalmente concluyó por inspirar su preponderancia, el hecho es que los ha inspirado, y todavía duran, ó resurgen en cuanto se cree que va en camino de recobrar algo de su antiguo poderío. Los buques acorazados que construye no dan miedo á nadie y, en cambio, le restan simpatías ó sufragios en el mundo. El dinero en ellos empleado, si se aplicase al «problema social» nos pondría de un golpe en ese particular á la cabeza de todas las naciones y nos metería en el corazón de todos los pueblos. Y la sujeción al Vaticano mantiene en todas partes la creencia de que, si llegare á hacerse poderosa otra vez, otra vez volverían á ser gobernantes «demo-nios del mediodía.»

Así, pues, remedio tiene la dolencia de la monarquía española. ¿Sabrá ó querrá aplicárselo? He aquí la cuestión. Por esto, aunque el mal sea grave, muy grave, del pronóstico lo peor que puede decirse es que, hoy por hoy, es reservado.

CAPÍTULO XLVI

INTERESANTES MANIFESTACIONES DE PSICOLOGÍA, LÓGICA Y ÉTICA HISPANAS.

Por lo que en el capítulo anterior dejamos dicho y habrá podido verse en todos ellos, lo primero de que la monarquía española tiene que cuidarse es de lo que se cuidan las personas que, por haber venido á menos, andan mal de ropa: ya que otra cosa no, de llevar bien puestos los pies y la

cabeza, el extremo de abajo y el de arriba.

Del de abajo, el pueblo, como generalmente se le llama en el concepto social, ya hemos hecho observar que más que nada y antes que nada, lo que importa y urge es que se le facilite el modo de nutrirse y de vivir sano y fuerte, y, si es posible, contento. La «interior satisfacción» de que hablan mucho los escritores militares con aplicación al ejército, y que sería más propio llamar «interior resignación», falta por completo en aquel pueblo, el cual se halla en un estado de obligada y lógica rebeldía que los señores del reino se obstinan en desconocer, ó que tratan de disimular con los corrientes sambenitos de demagogia, impiedad, anarquía, etcétera, etc.

En un intento de huelga general pasaba un grupo de huelguistas por delante de otro de curiosos espectadores, uno de los cuales advirtió á aquellos que había tiroteo por la parte hacia donde se encaminaban.

— ¡Si supieran los señoritos lo que á nosotros se nos importa la vida! — dijo uno de los huelguistas á los demás al oír lo que el bien intencionado espectador les había advertido.

Pues ese, ese es el estado de ánimo de casi toda la clase obrera en la monarquía española; y aunque los señores del reino confíen en el Maïsser, que hasta ahora ha salido siempre victorioso, puede fallar en alguna gran ocasión esta experiencia, y, de todos modos, lo justo, además de humano, es remediar, prevenir, aliviar la «interior desesperación» de un pueblo evidentemente digno de mejor suerte. Porque aquel pueblo, el pueblo de la monarquía española, tiene condiciones ó calidades que estamos por afirmar que no tiene ningún otro de Europa, ni quizás del mundo entero.

Ha de saberse, en efecto, que en la monarquía española la más valiosa fauna antropológica es la abismal, y claro está que para dar con ella hay que zambullir, hay que bucear, hay que ir al fondo. Dejando, pues, atrás la superaristocracia, cuantitativamente insignificante como en todas partes; atravesando la aristocracia de abolengo, que Zaratrasta llama «de colegio»; pasando de largo y de prisa por la otra, la moderna, que nuestro sabio y algo zumbón amigo el periodista llama «de cuchara»; no deteniéndose mucho en la clase media que bulle, y dejando para el cuidadoso estudio que requiere la que no bulle, llegárase á las capas infe-

riores, donde se experimentará curiosas y aun admirables sorpresas.

¿No lo ha de ser, por ejemplo, que allí cualquier hombre ó mujer, hasta la fregona acabada quizás de salir del más solitario é inculto villorrio, hable y pronuncie exactamente el idioma nacional como un grande de España, como el mismo soberano del país, mejor que la mayor parte de los académicos de la lengua? Nosotros, los extranjeros, por bien que conozcamos el castellano, no podemos advertir las diferencias, si es que las hay. Y esto no sucede en ningún otro país, pues sabido está que generalmente en todas las clases llamadas del pueblo hablan de tal modo el propio idioma, que el extraño que no lo haya aprendido entre ellas apenas los entiende, aunque entiendan muy bien á la gente educada.

Otra particularidad digna de registrarse aquí es el gran sentido que posee el pueblo de una monarquía como aquella, que parece que no tiene sentido común. Obsérvese, si no, lo que en materia religiosa sucede en los países más adelantados del mundo. En la misma Inglaterra, en los mismos Estados Unidos, si un iluminado ó un tunante quiere fundar una religión nueva, se echa á la calle y se pone á predicarla. A poco tiene á su alrededor una multitud que le escucha, de la cual saca desde luego unas docenas ó unos centenares de prosélitos, y ya la nueva creencia, por estrafalaria que sea, está en marcha. En España, verdad es, hay mucho católico irracional, pero aquellos naturales no entienden ni quieren entender de ninguna otra religión; ó el catolicismo ó nada. Y los que aguantan á pesar suyo numerosas y variadas mesnadas de frailes, no aguantarían ni un momento que se pusiese en el pilón de una fuente á predicarles alguna nueva doctrina más ó menos estrambótica el fundador, apostol ó misionero de una religión nueva. Según hemos dicho en otro capítulo, el catolicismo allí no es entendido é interpretado por todos de igual manera, pero sépase que, en materia religiosa, el español, especialmente entre el pueblo, no es más que ó católico ó librepensador; y de aquí no saca nadie á aquellos naturales. Esto revela cordura y perspicacia en grado muy superior al que en tan importante materia suelen mostrar los pueblos más prósperos, y, en cuanto parece que constituye la moderna civilización, más adelantados.

IMPRESA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 31